



**HAN RAPADO
A UNA MUJER**

Fred Hercey

FBI



FR

Título del original en inglés:

KIDNAPPED WOMAN

© EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro García, 17

Madrid-5. España

Número de Registro: 1.322-65.

Depósito Legal: M. 9.360-1965

Printed in Spain

Rafael F. Carasa. Impresor. Madrid

Últimas obras publicadas de FRED HERCEY en
nuestras colecciones:

Colección Gangsters:

- Núm. 157.—Alias «el Murciélago».
» 169.—La sentencia es... muerte.
» 185.—La tela de araña.

Colección Patrulla de Combate:

- Núm. 24.—Vendaval de Angola.

Colección Selecciones del F.B.I.:

- Núm. 67.—Falsos cadáveres.
» 87.—El «Triángulo Rojo».

Colección Rurales de Texas:

- Núm. 31.—El halcón.
» 40.—Valle sangriento.
» 107.—Tres forajidos.
» 114.—¡Suerte, novato!

Colección Oeste:

- Núm. 56.—El héroe.
» 65.—Flint Leary, el fugitivo.
» 96.—Golden «saloon».

Colección F.B.I.:

- Núm. 634.—Terror en Madison City.
» 640.—El último de la promoción.
» 699.—El hombre lobo.

I

EL inspector Marsh dejó en suspenso su explicación al abrirse de pronto la puerta de su despacho. Tenía la costumbre de acompañar sus charlas con gestos ampulosos. Una costumbre inveterada.

Se inmovilizó y quedó en una ridícula postura, mirando al agente que asomaba su cabeza entre la hoja y el marco. Con la mano diestra elevada, la izquierda extendida hacia adelante y la boca abierta.

El agente Kit Beale, que escuchaba su explicación, acarició su labio superior para ocultar su sonrisa.

—Perdón, inspector —dijo la cabeza que asomaba por la puerta—. Acaba de llegar el señor Obi Lang preguntando por usted. Dice que es urgente.

El inspector descompuso su extraña postura, adoptó una posición normal y respondió.

—Hágale pasar.

Kit hizo ademán de incorporarse. Pero el inspector le contuvo con un gesto.

—Espere, Beale. Quédese. ¿Conoce a Obi Lang?

—De oídas. Muchos millones y mucha soberbia. Claro que la segunda suele ir emparejada a la primera. Pero dicen que Lang, tendría la misma soberbia, aunque se viese obligado a vivir de la mendicidad.

—No está mal el informe, Kit. Se ajusta mucho a la verdad. Obi Lang tiene esas dos desgracias. La riqueza y la soberbia.

Kit esbozó una sonrisa.

—¿De veras cree, inspector, que poseer varios millones es una desgracia?

—No estoy muy seguro de ello. Lo cierto es que se trata de una desgracia en la que todos quisiéramos caer. ¿Ha estado alguna vez en la vieja misión española de San Xavier del Bac?

—No.

—Bueno; yo le visité hace un par de años. Hay allí un viejo sacerdote. Alguien le preguntó su opinión acerca de los ricos. Y respondió sin vacilar que eran unos hombres tan sumamente desgraciados, que ni siquiera se daban cuenta de su desgracia.

Golpearon en la puerta.

—Adelante.

Obi Lang entró en el despacho. Alto, enhiesto, de sienes ligeramente plateadas. Tenía un porte distinguido, pero se le notaba cierta afectación. La afectación del hombre que se dirige a los demás como a seres inferiores, sin la apreciable virtud de la naturalidad. Representaba los cincuenta años que tenía, pero los rizos artificiales de su pelo y el penetrante perfume que exhalaba tendían a rejuvenecerle. Facciones correctas, que no despertaban simpatías a causa de su perenne expresión de superioridad.

El inspector no se levantó. No le gustaba hacerlo con ciertas personas. Y Obi Lang era una de ellas.

Le señaló un asiento y Lang lo ocupó.

Kit reparó en la angustia que reflejaban las pupilas del millonario. La angustia del hombre que se siente acorralado por un peligro inminente. La angustia del cazador novato durante su primera noche en la selva, con sus extraños ruidos y los lejanos rugidos de las fieras. La angustia del ser que despierta de pronto ante un ruido misterioso, que previene su subconsciente contra algo amenazador que se cierne sobre él.

El inspector le invitó a hablar con un gesto.

—Mi hija Bonnie ha desaparecido —dijo con voz ligeramente entrecortada—. Bonnie es una muchacha de costumbres sencillas. Se recoge pronto. Apenas sale de noche y jamás lo hace sin advertirnos antes dónde va. Ayer salió poco después del mediodía y no ha regresado aún a casa. Temo que... que...

—¿Qué?

—Que la hayan raptado.

—¿Por qué teme precisamente eso, señor Lang? —inquirió el inspector.

—Porque... Verá, inspector. Ya le he dicho que Bonnie es una chica de costumbres sencillas. Una joven virtuosa. No le gusta salir de noche. No bebe ni fuma.

—Un ejemplar muy raro en estos tiempos —comentó el agente. Lang no hizo caso del sarcástico comentario de Kit.

—Si Bonnie hubiese proyectado una excursión con una amiga, o algo parecido —prosiguió—, lo habría avisado inmediatamente. Lo mismo si era una cosa meditada como si se trataba de una invitación espontánea. Bonnie lleva siempre consigo la documentación necesaria para poder identificarla en caso de accidente. De haber ocurrido eso, alguien nos lo hubiese notificado inmediatamente. ¿Comprende lo que quiero decirle, inspector?

—Perfectamente. Un razonamiento muy lógico el suyo. Si Bonnie, una chica virtuosa y fácil de identificar, falta de su domicilio sin previo aviso y sin que nadie comunique que se haya accidentado, lo natural es pensar que haya sido raptada. La posición de papá se presta para ello. Claro que han podido ocurrirle otras mil cosas distintas a todo eso. Una pérdida súbita de su natural retraimiento, un flechazo...

—Por favor, inspector. Conozco a Bonnie y sé muy bien lo que me digo. Si Bonnie no ha regresado a casa, es lisa y llanamente porque alguien se lo impide por la fuerza. Y eso se define con una sola palabra: rapto. Además, inspector, no necesito decirle lo que está ocurriendo últimamente en Arizona y otras partes de Nuevo México. Usted está infinitamente mejor informado que yo de todo eso. En menos de dos años han desaparecido de diversos puntos de los dos Estados unas ochenta mujeres, comprendidas de los dieciocho a los veinticuatro años de edad. En su mayor parte muchachas seducidas o iniciadas en el uso de los estupefacientes. Seis de ellas pertenecientes a familias de relieve. Las únicas por las que los raptadores pidieron rescate. Cuatro familias pagaron y rescataron los cadáveres de sus hijas. Las otras dos prefirieron confiar en la Policía. Se ahorraron el dinero del rescate, pero tampoco pudieron salvar las vidas de sus hijas. Ambas aparecieron en las aguas del Gila, con claras señales de haber sido bárbaramente golpeadas. En ese estado de cosas, puede usted comprender mi preocupación por la larga ausencia de Bonnie.

Se enarcaron las cejas del inspector. Aquel hombre había

proferido las últimas frases en un tono de reproche, como si los culpase directamente a ellos de aquel estado de cosas.

—Está usted muy al corriente de todo, señor Lang —murmuró al fin con resentimiento.

—Me gusta leer los periódicos, inspector. Estar al día de los acontecimientos. En realidad es algo imprescindible en un hombre de mi posición.

—Está bien, iniciaremos gestiones encaminadas a dar con el paradero de Bonnie. ¿Tiene a mano una fotografía suya? Es conveniente que los agentes movilizados en su búsqueda se familiaricen con sus rasgos físicos.

Obi Lang denegó lentamente con la cabeza.

—Lo siento, inspector. No dispongo aquí de ninguna. Pero le enviaré una rápidamente. Es de hace un par de años, pero Bonnie no ha cambiado.

—Bien. Háganos una descripción suya para empezar las pesquisas. Edad, rasgos más sobresalientes de su fisonomía, nombres y domicilio. Y no olvide la fotografía. Es un detalle muy importante.

Obi carraspeó antes de comenzar:

—Bonnie cumplió los veintitrés años hace cuatro semanas. Es alta, bien formada. Pelo negro. Ojos también negros, grandes. La nariz, más bien respingona. Labios algo gruesos y pómulos ligeramente salientes. Sonríe con facilidad, aunque con cierta timidez.

El inspector realizó sobre un papel un esbozo de cómo veía él a la joven. Al acabarlo, lo presentó al millonario.

—¿Algo así, señor Lang?

Obi asintió con un gruñido.

—Muy parecida, inspector. Es usted un buen dibujante.

Le devolvió el pape.

—Su nombre es Bonnie French.

—¿French?

—Sí, inspector. Bonnie French. Bonnie tenía diez años cuando contraje matrimonio con Sara, mi actual esposa y madre de Bonnie.

—¿Viuda?

—Divorciada.

—Ya. ¿Vive su antiguo esposo?

—Desde luego. Está aquí, en Phoenix. Tiene un pequeño taller mecánico y surtidor, en las afueras. En la carretera del Valle del Salt River. Reparación de motores de automóviles.

—¿Suele visitarlo su hija con frecuencia?

—Sí. Es una costumbre de la que no he podido apartarla. No me gusta que se vea con ese hombre, aunque sea su padre. Es un borracho.

—Un padre, borracho o no, es siempre un padre.

—Bien; dejemos eso, inspector. Es un asunto que no concierne en nada al motivo de mi visita.

—Desde luego. ¿Domicilio?

—Washington Freshet. Un edificio estilo Tudor, rodeado por un parque. Es el único en toda la avenida. No tiene pérdida.

Obi dejó también los números de sus tres teléfonos, seguido de lo cual el inspector dio por terminada la entrevista.

Se levantó y tendió su mano al millonario, que la estrechó con cierto aire de condescendencia.

—Si recibe alguna noticia de Bonnie o recuerda algún detalle que se le haya pasado por alto ahora, no deje de comunicarse conmigo. Lo tendremos al corriente de nuestras pesquisas. Creo que eso es todo, de momento.

—Falta algo —adujo el agente Kit, poniéndose en pie—. ¿Dijo Bonnie dónde pensaba ir la última vez que salió de casa?

—Sí. La señorita Bonnie —recalcó lo de señorita— fue al «Instituto Walter de Belleza». En la Coolidge Street. De allí salió con rumbo desconocido. ¿Algo más, federal?

—Nada.

Obi Lang abandonó el despacho. Entonces el inspector alargó a Kit el esbozo que había hecho de Bonnie French.

—Guárdelo, Kit. Las sospechas de Obi Lang respecto a que Bonnie French haya sido raptada pueden confirmarse de un momento a otro. Lo más seguro es que haya ocurrido así. Usted se encargará de iniciar las gestiones oportunas para descubrir su paradero. Tan pronto tengamos aquí las fotografías de la muchacha, movilizaré a todas las fuerzas de Arizona. Creo que nos hallamos ante un caso más de esas misteriosas desapariciones de mujeres jóvenes a que hizo alusión nuestro dilecto amigo.

—De acuerdo, inspector.

Se volvió, con la mano ya en el pomo de la puerta.

—¿Cuál es su opinión en el asunto, inspector? Me refiero a la suerte que hayan podido correr esas mujeres.

—Mi opinión es que estamos ante una organización dedicada a la trata de blancas. Una de las facetas más repugnantes del «gangsterismo». Ya sabe cómo suelen proceder en esos casos. Se valen de un grupo especializado de individuos sin escrúpulos, quienes se encargan de crear en las jóvenes la afición a las drogas. El iniciado, una vez ha probado la droga, se convierte en esclavo de ella, y en esclavo del vendedor. Así, llegan fácilmente a la prostitución. Y una vez lanzadas por esos dos terribles caminos a la vez, no les resulta difícil convencerlas para ser transportadas a otros países donde escasean las mujeres. Un tráfico horrible. Las seis muchachas asesinadas eran también adictas a las drogas. Pero no carecían de dinero para proporcionársela y debieron negarse a los designios de esos criminales. Entonces las silenciaron para siempre. Las declaraciones de esas mujeres, que quizá ellos creyeron pertenecientes a otra clase social, podían poner en un brete a la siniestra organización.

Kit asintió con un gruñido.

—Si Bonnie es como su segundo papá asegura, es difícil que hayan podido seducirla a probar la droga.

—No haga caso de lo que diga papá Obi. Creo que, en el fondo es un canalla, un negrero. El origen de su fortuna no debe ser muy limpio, aunque él se considere el personaje más honorable de Phoenix, o incluso de toda Arizona.

Kit abandonó el despacho y ocupó asiento en el baquet de su pequeño «Chevrolet», de modelo bastante anticuado. La paga no daba para más. Pero Kit, de todas formas, sentíase muy orgulloso de su «cachorro».

Examinó el bosquejo del inspector.

Bonita. Bonnie French era lo que se dice una muchacha bonita. Ni guapa, como algunas de sus «estrellas» cinematográficas favoritas, ni bella o hermosa, como las estatuas clásicas helénicas. Simplemente bonita. Y de costumbres moderadas, por añadidura. ¿Pedía pedirle más a una mujer?

Kit frenó su coche en el aparcamiento más cercano al «Instituto Walter de Belleza».

El instituto ocupaba dos pisos de un edificio de cuatro plantas.

Pulsó el timbre.

Una joven le franqueó la entrada. Una joven estupenda, que enseñaba dos hileras de dientes perfectos al sonreír. Vestía una ajustada bata azul, con las siglas del instituto bordadas sobre el bolsillo.

El recibidor era sencillo, pero muy coquetón. Una mesita, cuatro sillas y un diván. Estantes con libros, cuadros pequeños, modernos, y un montón de revistas dedicadas a las distintas modas femeninas.

—¿Qué desea?

—Verá. Me han salido unos bultitos en eso que en las mujeres se llama cutis, y en los hombres pellejo. Aquí —señaló su mejilla derecha—. ¿Quiere comprobarlo?

La joven palpó suavemente la mejilla, en busca de las rugosidades.

—No le noto ningún bulto.

—Ni yo tampoco —respondió, dibujando una expresión maliciosa—. Pero sabe a gloria una caricia de sus manos.

Ella amplió su sonrisa.

—Bromista, ¿eh?

—Algo.

—¿Viene en busca de su esposa o de su prometida?

—Gracias. Todavía no he picado. Y a propósito. ¿Tiene compromiso para esta noche?

—Dos. Y me veo en un terrible dilema. Porque no sé cómo voy a ingeniarme para soslayar uno.

—Véngase conmigo y le enseñaré el modo de soslayar dos compromisos a la vez.

Ella aplacó un tanto su sonrisa.

—¿Quiere que hablemos ya en serio?

—Claro.

La enseñó su placa de agente federal.

—Asunto oficial. ¿Conoce a *miss* Bonnie French?

—Sí. Es una de las mejores clientes del instituto.

—Estuvo ayer aquí, poco después del mediodía.

—Efectivamente. *Miss* Bonnie viene todos los días a esa misma hora.

—¿Le hacen la máscara todos los días?

—No —sonrió ella—. La señorita Bonnie es muy retraída. Parece estar siempre pensando en algo y se muestra ausente de la conversación. Apenas si da un poco carmín a sus labios. Nada más. Pero le gusta ir bien peinada. Eso es todo.

—Parece usted un telegrama urgente, guapa.

Aprovecha muy bien las palabras. ¿Quién la peinó ayer?

—Creo que fue Dora. Espere un poco.

Se adentró por una puerta del fondo del «hall». Y poco después se presentó ante él una imponente mujer, vistiendo una bata igual a la de la otra muchacha.

Kit tragó saliva repetidas veces. La fulgurante sonrisa de Dora traía al pensamiento el deseo de encontrarse con ella en una isla desierta.

—Willetta me ha dicho que un agente federal preguntaba por mí —dijo con voz suave, aterciopelada—. Me he asustado de momento. No sé por qué. Pero yo me he asustado.

—No se preocupe, Dora. Todavía no me ha dado por comerme a nadie crudo. Aunque sería capaz de hacer una excepción con usted.

Brillaron de un modo especial los ojos de la mujer. Y Kit tuvo que hacer un esfuerzo para no estrecharla entre sus brazos ante la atractiva mirada con que ella le envolvía.

¡A lo mejor estaba acostumbrada a que se la comiesen cruda!

—Tengo que hacerle unas preguntas, Dora.

—Sí. Willetta me ha dicho el motivo de su visita.

—¿Y qué?

—No puedo solucionarle nada. La señorita Bonnie tiene un gran corazón. Y una gran sensatez. Pero se muestra siempre apática, retraída, como si algo oculto en su interior, una desgracia o una contrariedad quizá amorosa le impidiese exteriorizar su alegría, su optimismo. Parece sentirse siempre muy desgraciada. Algo muy extraño en una mujer joven, bonita... y millonaria.

—¿A qué atribuye usted ese estado de ánimo de *miss* Bonnie?

Ella se encogió de hombros.

—Es difícil adivinarlo. Bonnie no habla jamás de sus cosas ante nosotras. Ayer vino, como todos los días. Y se marchó sin pronunciar otras palabras que las empleadas para el saludo y la despedida. Buenas tardes y adiós. Eso fue todo. Ni una alusión ni un comentario acerca de dónde pensaba ir ni de dónde venía entonces.

Le enseñó el bosquejo del inspector.

—¿Qué le parece?

—El dibujo, bueno. El parecido, bastante aceptable.

—Bien. Creo que no me dejo nada en el tintero. Bueno; una cosa. Me gusta premiar los favores y las informaciones.

Se aproximó a Dora, la abrazó y unió sus labios a los de ella en un beso largo, succionante, sin que la mujer intentara el menor gesto de oposición.

Se volvió, a punto de salir.

—Le he mentado, encanto —dijo—. En realidad he sido yo quien ha recibido el premio.

Kit Beale condujo su «Chevrolet» por las calles de Phoenix, en dirección a la salida Oeste de la capital de Arizona. Torció por la Misión Tumacacori Street y la Milton Avenue, para adentrarse finalmente por Roosevelt Park.

La carretera que conducía al Valle del Salt River y los ranchos de recreo que se extendían hasta las mismas orillas del río Colorado, era amplia, bien pavimentada. Y Kit oprimió a fondo el acelerador.

El taller de reparaciones de Hal French se hallaba a un par de millas de Phoenix. Y Kit se encaminó a él rectamente.

El agente conocía a fondo la causa del retraimiento de Bonnie. El verdadero motivo por el que la muchacha sentíase desgraciada. Algo que él había experimentado también en su pubertad.

Era a causa de su padre. Los padres de Kit habíanse divorciado cuando él contaba doce años de edad. Y habíase sentido muy desgraciado. Tanto como debía sentirse Bonnie French. Las relaciones con el segundo esposo de su madre fueron correctas, pero no cordiales. Se respetaban, conversaban de mil cosas, pero sin lograr borrar del todo aquella barrera de frialdad que los separaba. Kit recordaba al hombre que había jugado con él de niño, que le había llevado sobre sus espaldas o sus hombros, le había contado sus primeros cuentos para que se durmiese y le había llevado dulces y juguetes a su regreso del trabajo, mucho más que al otro, que habíase inmiscuido de pronto en su vida como un ser extraño, ajeno a su cariño infantil, a sus mejores recuerdos de su niñez.

Bonnie French experimentaba ese mismo sentimiento. Atravesaba ese período crítico, que Kit había dejado ya muy atrás. Algo que desaparecía con el paso de los años y el velo del olvido

que el tiempo trae consigo. Algo que se borraba con la experiencia, aunque siempre dejaba una leve huella de su paso. El pensamiento de por qué el amor que unió a dos seres no puede durar durante todos los días de sus vidas.

El taller y surtidor de Hal French era de líneas modernas, sobrias y sencillas. Sin adornos superfluos, pero con un ambiente acogedor.

Junto a la carretera, el surtidor, la pequeña oficina y, junto a ésta, un bar de reducidas dimensiones, atendido por una joven. Detrás, anexo al surtidor, el taller de reparaciones de motores y otro, más pequeño, dedicado al arreglo de los neumáticos. Junto a éstos, una furgoneta equipada con una grúa para turismos.

Kit frenó el coche junto al surtidor.

Un muchacho joven, de unos dieciocho años, salió de la oficina vistiendo un «mono» blanco.

—¿Qué va a ser, señor?

Kit señaló el depósito.

—Lleno.

—¿Alguna rueda con la presión baja? ¿Necesita agua el radiador?

—Examine todo eso y déjelo en condiciones. ¿El señor French?

—En el taller. Tiene una reparación difícil.

Kit se encaminó al taller de reparaciones.

Hal French estaba allí. Alto, fuerte, de una edad aproximada a la de Obi Lang. Facciones correctas y expresión amable. No era extraño que Bonnie prefiriese su afecto al del soberbio Obi Lang.

Le saludó amablemente. Había terminado su trabajo en un lujoso «coupé» y procedía a lavarse las manos en un cubo de agua.

Kit se dio a conocer, preguntándole a continuación:

—¿Dónde está su hija, Hal?

—¿Se refiere a Bonnie?

—¿Tiene alguna hija más?

—No, por supuesto. Pero uno acaba por no saber si puede llamar hija con todo derecho a una hija auténtica, o esos derechos se los puede arrogar un segundo esposo de su madre.

—Lo comprendo, Hal. Yo he vivido un caso semejante. El divorcio es una lacra social.

—¿Es usted católico, federal?

—Sí.

—Yo también. Por eso no me he vuelto a casar. Para mí, el matrimonio con Sara será válido hasta que uno de los dos haya muerto. En realidad, está viviendo como una mujer adúltera. No importa lo que diga un juez, basándose en unas leyes absurdas, hechas a medida de la mentalidad que las creó. Bien; antes preguntó usted que dónde estaba mi hija. Y yo no puedo contestar a eso. Bonnie viene por aquí con mucha frecuencia. Charlamos un rato. De lo nuestro. Recordando cosas de su niñez, cuando Sara, ella y yo formábamos un matrimonio feliz. Luego, Bonnie vuelve a su nueva casa. Será mejor que se informe en casa de Obi Lang. Allí...

Calló al reparar en la expresión del agente.

—¿Ocurre algo? Bonnie es una mujercita muy sensata, federal. ¿Ha hecho algo...?

—Nada de eso, Hal. Bonnie falta de su domicilio desde ayer a primeras horas de la tarde. Acudió a un instituto de belleza, se marchó de allí y no se ha vuelto a saber nada más de ella. Obi ha estado hoy en la Seccional del F.B.I., Teme que hayan raptado a Bonnie. Se han dado varios casos de secuestro de muchachas de su edad estos dos últimos años. Puede ser una falsa alarma y puede ser que haya sucedido así. Es lo que estamos tratando de averiguar.

Hal French había palidecido.

—Bonnie secuestrada —susurró—. ¡Dios mío! Si se atreven a hacerle algo...

Dejó la frase en suspenso y se entregó a una breve reflexión.

—Bonnie estuvo ayer aquí, después de salir del instituto de belleza. Tomamos un café ahí, en el bar, y charlamos un rato. Parecía estar preocupada. Se lo hice notar. Pero ella no quiso reconocerlo. Contestó de un modo evasivo. Que había dormido mal esa noche y no tenía ganas de fiestas. Pero yo la conozco bien y sé que le ocurría algo más grave que una noche de insomnio. Quizá algún fuerte disgusto con ese cerdo de Obi. Y no es difícil que el disgusto lo suscitara Obi a causa de las visitas que Bonnie me hace periódicamente. La ha rodeado de lujo y de comodidades, pero no puede sustituirme en el afecto de Bonnie. La muchacha es más constante que su madre. Lang la deslumbró en seguida. Le faltó la comprensión y la fuerza de voluntad de Bonnie. Y eso desespera a Obi.

Era amargo el acento de Hal al decir esto. La amargura del

desengaño no olvidado, de ver tambalearse y caer algo que él había considerado inmovible.

—¿No dijo Bonnie al despedirse a dónde pensaba dirigirse?

—Claro que sí. Lang posee tres o cuatro ranchos de recreo. Bonnie manifestó su intención de visitarlos.

—¿No la vio regresar?

—No. Y es raro que no se detuviese aquí al volver a Phoenix.

—Es posible que Bonnie se encuentre allí aún y Obi se haya precipitado. ¿Podemos comunicar por teléfono desde aquí con esos ranchos?

—Desde luego que sí.

Kit efectuó las llamadas correspondientes. Infructuosas. Bonnie French no había sido vista por allí desde hacía varias semanas.

El agente decidió recorrer el camino que conducía a los ranchos. Se despidió de Hal, cuya ansiedad era evidente.

—Por favor, federal. Téngame al corriente de la situación. Me preocupa mucho lo que haya podido ocurrirle a mi pequeña Bonnie. Bueno, a Bonnie.

—De acuerdo, Hal. Y una última pregunta: ¿Cómo es el coche de Bonnie?

—Un «Cadillac» último modelo. Gris y blanco.

Aceleró.

Dejó atrás el Valle del Salt River, adentrándose por un terreno más árido, donde empezaban a verse los primeros cactus y los prados sembrados de verde, pero raquítica hierba. Diseminados por la vasta extensión, ranchos de recreo, donde los turistas revivían en pequeño las antiguas gestas del Oeste y Suroeste. Trajes de vaqueros, caballos de gran docilidad y largos paseos por parajes de evocadores recuerdos.

La carretera discurría por entre grandes macizos de arbustos y raquíuticos árboles.

Al doblar un pronunciado recodo. Kit creyó columbrar a su izquierda, entre tupidos macizos, retazos de la trasera de un coche pintado de gris.

Frenó con brusquedad, arrancando gemidos de protesta a los neumáticos.

Se apeó y retrocedió andando hasta el lugar donde le pareciera ver el coche. Podía haberse equivocado. A lo mejor no conseguía

otra cosa que estropearle el plan a una pareja de tórtolos, pero no quería dejar pasar por alto el más leve detalle.

El coche apenas era visible desde la carretera. Muy difícil de ser visto, a no ser por una persona que, como el agente, se mantuviese ojo avizor, en busca de cualquier indicio. Se hallaba metido entre dos macizos de arbustos, de forma que éstos, al juntarse en la parte de la carretera, lo ocultaban casi por entero.

Atravesó los arbustos.

Era un «Cadillac» último modelo, pintado de gris y blanco. Muy llamativo.

La portezuela delantera estaba semi abierta y no había nadie en su interior.

Kit se asomó, a él.

Sobre el asiento del baquet, un pequeño bolso de piel.

Lo recogió.

Un peine, un espejo, una barrita de carmín, unas monedas de níquel y dos tarjetas a nombre de Bonnie French.

Reparó también en unas gruesas manchas del suelo, junto a los pedales de mando.

Se agachó para examinarlas.

Sangre. No había lugar a dudas. Cuatro gruesos goterones de sangre seca.

Cerró la portezuela, guardó la cartera en un bolsillo y se dirigió a su coche.

Las sospechas de Obi Lang tomaban cuerpo. Todo parecía indicar que Bonnie French había sido raptada. Y Kit Beale sintió de veras que una muchacha como Bonnie, bonita y virtuosa, tuviese que aparecer en las aguas del Gila con señales de haber sido bárbaramente golpeada.

II

EL agente Beale se presentó en el
«New-Club»
cuando caían las primeras sombras de la noche.

El
«New-Club»
era una especie de casa de locos. Por lo menos era ésa la opinión del agente. Había estado una vez allí. La clientela del «New» estaba compuesta en su mayor parte por jóvenes de ambos sexos, aficionados a la música, aficionados a la pintura, aficionados a las artes... Ni un solo profesional. Los únicos profesionales que acudían al «New» lo hacían llamados por la dirección del club para dar conferencias a los neófitos y mantener después un coloquio con éstos. Y era un hecho consumado, casual o no, que ni uno solo de los asiduos concurrentes al «New» había conseguido el éxito en el arte que les atraía. Ni un pintor, un compositor, un escritor o un escultor de relieve. Pero ellos eran felices y el club, en cierto modo, contribuía a la extensión de la cultura.

Algunos de los clientes inveterados del «New» eran amigos de la infancia de Bonnie French. Jóvenes que habían cifrado sus esperanzas en un arte que no llegaban a dominar.

Bonnie habíase elevada por el segundo matrimonio de su madre. Había sido desplazada de aquella esfera social en que se movían sus antiguos compañeros. Pero Bonnie continuaba manteniéndose fiel a ellos, como continuaba manteniéndose fiel al cariño de su padre auténtico. Quería a Hal French infinitamente más que al soberbio Obi Lang. Y apreciaba más la compañía de sus antiguos compañeros que la de los jóvenes de alcurnia que la rondaban actualmente.

Habían transcurrido dos semanas desde la desaparición de la

joven. Dos semanas sin la menor noticia que sirviese para descubrir su paradero. Su cuerpo no había aparecido en el Gila ni en todo el territorio de Arizona, batido minuciosamente. Y los raptos, si realmente había sido raptada, se mantenían en el silencio más absoluto.

Nanny era una buena chica. Le gustaba la pintura. Había concebido grandes ilusiones respecto a su afición. Pero los fracasos no la habían resabiado ni agriado su carácter.

Kit se encontró pronto en medio de un círculo de jóvenes alegres, que le dirigían las preguntas más disparatadas acerca de su profesión.

Al fin, Nanny se lo llevó a la pista y bailaron al son de un bolero.

—Pregunte ahora lo que quiera, federal. Los muchachos hubiesen acabado por volverle loco. Miran todas las cosas de este mundo desde un punto de vista que puede llamarse puramente artístico.

—¿Usted no?

—No. Yo ya estoy de vuelta en cuestiones de arte.

—Es muy joven todavía.

—A pesar de eso. He sentido la pintura como si formase parte integrante de mi propio ser. Pero me he desengañado. A pesar de mis pocos años.

—Hay un arte, que compete exclusivamente a las mujeres. Son muy pocas las que no sirven para él.

—¿Cuál?

—El matrimonio. El hogar. No sé por qué, me parece que usted tiene grandes cualidades para eso. Pruebe a ello y verá cómo le proporciona más satisfacciones que la pintura.

—¿Con usted?

—No se lo recomiendo.

—¿Hueso duro?

—Al revés. Mantequilla pura.

Ella rió de buena gana.

—Es usted un tipo simpático, ¿sabe? Siempre me había hecho a la idea de que un agente federal era un tipo duro, con el sombrero calado hasta los ojos, que mascullaba las palabras, pronunciándolas por un extremo de la boca.

—Eso es un «gángster» de película, Nanny.

—Bien. Nos estamos apartando de la cuestión principal. Quería saber algo respecto a Bonnie French, ¿no es así?

—Sí. Y mi nombre es Kit.

—De acuerdo, Kit. Pregunte lo que sea. Bonnie nunca tuvo secretos para mí. Ni yo para ella. Siempre nos unió una gran amistad. Desde niñas. Y la amistad continúa, a pesar de los años y de su cambio de posición. Bonnie, en el fondo, es siempre la misma.

—¿Qué opina de Bonnie?

—¿De su temperamento?

—No. De su desaparición.

—La Prensa habla de ello ampliamente. Fue usted quien encontró su coche, con su bolso y unas manchas de sangre. Se insinúa la posibilidad de un rapto. Algunos periódicos incluso lo dan como un hecho consumado. Pero ni usted ni yo creemos en él. ¿No es así, Kit?

—Exactamente. Ése es el motivo de que haya venido al «New-Club» y usted yo estemos bailando en este instante.

—¿Qué opina usted de su desaparición, Kit?

—Muy fácil. Bonnie se siente muy desgraciada junto a Obi Lang. Algo que no puede extrañar a nadie que conozca el carácter del millonario. La joven desearía ir a vivir junto a Hal French, pero vacila porque tampoco quiere separarse de su madre. De pronto, en un acceso de melancolía, decide abandonar su casa y se oculta, Dios sabe dónde, mientras se produce la crisis nerviosa. Ésa es mi opinión respecto a la desaparición de Bonnie.

—Una opinión que coincide con la mía, Kit. Al principio temí que Bonnie hubiese sido raptada realmente. Estaba el detalle de la sangre en el coche, que parecía reforzar esa sospecha. Luego...

Kit la oprimió más contra sí. Y sonrió abiertamente.

—Luego ella se puso en contacto con usted y le reveló la verdad. Por eso está tan tranquila respecto a la suerte de su amiga. Vamos, Nanny, diga la verdad. Miente usted muy mal. Y eso quiere decir que es usted una chica sincera.

Nanny sonrió a su vez.

—Es usted el diablo, Kit —dijo—. Es cierto. Bonnie se puso en contacto conmigo. Por teléfono. Solamente para tranquilizarme. Me Insistió mucho para que no lo dijese a nadie. Que tenía que decidir

sobre el futuro. Que se veía ante un problema de muy difícil solución. No apuntó qué clase de problema. Y no añadió nada más.

—¿Dónde se encuentra ahora? —inquirió Kit.

La muchacha hizo un leve encogimiento de hombros.

—Lo Ignoro. Recibí su llamada hace exactamente siete días. No me reveló dónde se encontraba ni ha vuelto a llamarme.

Era sincera. Nanny no podía aclararle nada más, sencillamente porque lo ignoraba. Y el agente se despidió poco después, dirigiéndose directamente a su apartamento, en una casa de doce plantas de la Trail Street. Un apartamento sencillo de un edificio sencillo, situado en una sencilla calle.

El apartamento de Kit Beale estaba situado en la última planta. Eran los más baratos. Una ventaja a su favor. Otra, que allí se respiraba un aire relativamente puro. Y un inconveniente. Que el ascensor se averiaba con bastante frecuencia. Cuando ocurría eso, Kit hubiese querido ver allí a *Sir* Edmund Hillary.

El ascensor funcionaba.

Kit sacó la llave de su apartamento. Mientras abría, sintió moverse la puerta del apartamento situado frente al suyo.

Se volvió.

Una mujer joven y bonita permanecía inmóvil en el vano, observándole con fijeza. Rubia, alta y bien formada. Tenía la diestra apoyada en el marco y un cigarrillo entre sus labios.

—¿Tiene fuego, por favor?

Su voz era cálida, suave, acariciadora.

Kit estuvo a punto de decirle una tontería. Le sobraba «fuego» a ella para tener que pedirlo a los demás.

—Claro.

Le ofreció su encendedor.

Ella aspiró una profunda bocanada. Y tosió.

—¿No tiene costumbre de fumar? —preguntó él.

—Es la segunda vez. La primera me pasó lo mismo. ¿Quiere un cigarrillo?

El aceptó con un leve gruñido.

—Pase. Los tengo dentro.

—Espere un momento. He dejado mi puerta abierta.

Ella emitió una risa argentada.

—Estaría bueno que le robasen por un descuido a un agente

federal.

Entraron.

—¿Quién le dijo que yo soy un agente federal?

—El gerente. Antes de alquilar este apartamento me informé bien de la clase de inquilinos que iban a rodearme.

—Una medida muy prudente. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Diez días.

Kit encendió el cigarrillo que la joven le había ofrecido.

—¿Un vaso de *whisky*?

—¿Por qué no? No puede rechazarse nunca la invitación de una muchacha tan bonita como usted.

Fulguraron los negros ojos de la joven.

—Muy galante, federal.

—Llámeme Kit. Así da una sensación de mayor intimidad.

La atrajo hacia sí por los brazos. Pero ella le rechazó con suavidad no exenta de firmeza.

—Es suficiente con sentir la sensación de intimidad, ¿no cree? Yo he ofrecido un cigarrillo y un vaso de *whisky*. Nada más. Puede llamarme Margaret.

—Es usted una chica muy sensata, Margaret —sonrió él, bebiendo su *whisky* a pequeños sorbos—. Cuando me pidió fuego me pareció usted una cosa. Después, al ofrecerme el *whisky*, otra muy distinta. Ahora he vuelto a mudar de opinión.

—¿Qué le parecí al pedirle fuego?

—Una chica inexperta y tímida, que quería y temía al mismo tiempo la amistad de un inquilino joven y no muy apuesto.

—¿Y al invitarle al *whisky*?

—Una casquivana. Una mujer que buscaba la aventura por hábito.

—¿Y ahora?

—Una joven con la cabeza muy bien asentada sobre los hombros.

—Me gustan las personas sinceras, Kit. Usted lo es.

—Espero gustarle algún día por algo más que por mi sinceridad. Bien; el cigarrillo toca a su fin y me he bebido el *whisky*.

Margaret le acompañó hasta la puerta.

—Espero que volveremos a vernos en otra ocasión, Margaret —dijo él.

—Es muy fácil, viviendo tan cerca el uno del otro.

—¿Ha estado alguna vez en el «Valley-Club»?

—No.

—Le gustará. El ambiente es muy propicio para los que se inician en el amor. Mañana...

—Lo pensaré, Kit —le atajó—. Buenas noches.

Cerró la puerta y Kit permaneció breves instantes inmóvil, mirando la hoja que le había privado de la maravillosa visión de la muchacha. Luego se encaminó a su apartamento con una amplia sonrisa.

Kit se durmió pronto. Pensando en Margaret. Y preguntándose por qué diablos había de pensar en ella con tanta intensidad.

Se vio de pronto sentado en la cama con todos los músculos tensos y los sentidos despiertos.

La esfera luminosa de su reloj le reveló la hora. Las tres de la madrugada.

Se preguntó acerca del motivo que le había despertado con tal alarma. ¿Qué era? ¿Un ruido? ¿Un grito?

Algo muy parecido a la intuición le dio a entender que sucedía alguna cosa rara. Y eso contribuyó a que sus músculos continuasen tensos.

De repente, un nuevo ruido le obligó a actuar con rapidez. El sonido de algo pesado cayendo al suelo envuelto con una silla o quizá una mesita. Y un grito. Un grito de mujer.

Empuñó la pistola y corrió afuera.

La puerta del apartamento de Margaret estaba semiabierta. Escapaba luz de su interior. Y el ruido y los gritos provenían también de allí.

Se lanzó dentro sin la menor vacilación.

El «hall» parecía haber sido el epicentro de un ciclón. El diván volcado y los sillones movidos de su sitio, roto uno de ellos.

Algo voluminoso vino a su encuentro, proyectado en el espacio. Una silla.

El adminículo le golpeó el costado derecho, haciéndole soltar la pistola y una maldición. Seguidamente, antes que acabara de reponerse, una mole de carne, músculos y hueso se abalanzó contra él.

Kit se lanzó al suelo, encogido sobre sí mismo, proyectándose

contra las piernas del mastodonte.

El energúmeno tropezó, perdió el equilibrio y cayó de bruces al suelo.

El apartamento retembló, como bajo el impulso de un terremoto.

Kit se puso en pie en veloz movimiento.

Su contrincante también consiguió incorporarse con el tiempo suficiente para evitar un súbito ataque del agente. Soltando unas maldiciones que hubiesen hecho enrojecer de rubor a un capitán de filibusteros.

Se observaron torvamente, acechando la ocasión de colocar algún golpe.

El hombre era alto y fornido, con aspecto de hércules. Frente estrecha, ojos pequeños y nariz ancha, aplastada por algún puñetazo. Sus movimientos eran simiescos.

De pronto se lanzó en tromba contra Kit.

El agente le aplicó un puñetazo en el estómago. Y cuando el hombre se doblaba en dos con un bufido, lo enderezó mediante un gancho a la mandíbula.

Un tercer golpe, al hígado, le hizo boquear en busca de aire.

Kit continuó castigándole con dureza. Una serie de golpes que hubiesen bastado para derribar a un buey. Pero aquel hombre parecía tener la fortaleza de una manada de bisontes.

El agente concentró todas sus energías en un ataque a fondo. Pero no llegó a completarlo.

El gorila, cuyo rostro parecía una horrible máscara a causa de la sangre que manaba de sus cavidades nasales y de las grietas de sus labios, conectó su puño de refilón en el mentón de Kit, enviándolo hacia atrás.

El agente tropezó con un sillón y hubo de hacer un esfuerzo para poder conservar el equilibrio.

Su adversario corrió hacia la salida a grandes zancadas. Salió, antes que Kit hubiese conseguido recobrar enteramente la estabilidad.

Corrió tras él.

Cuando alcanzó el rellano, el otro estaba ya cuatro plantas más abajo.

Echó tras él. Pero el otro parecía tener una habilidad especial para saltar escaleras y Kit fue perdiendo terreno.

Desistió al fin. El otro alcanzaría la calle con el tiempo suficiente para despistarse. Y no le agradaba la idea de emprender una persecución por las calles de Phoenix vestido con un pijama de seda.

Volvió al apartamento de la joven.

Margaret estaba tendida junto al caído diván. Desmayada.

Enderezó el mueble y tomó entre sus brazos el cuerpo de la muchacha para depositarlo sobre él.

Margaret vestía un vaporoso saltó de cama, abierto ahora hasta la cintura y dejando al descubierto unas piernas bien torneadas.

La depositó sobre el diván y le cubrió las piernas. Una visión deslumbrante. Y peligrosa.

La muchacha había recibido un par de golpes en la cara. Tenía un ojo amoratado y una pequeña grieta en la comisura de sus labios.

Kit trajo agua del lavabo y le roció la cara.

La joven abrió los ojos. Lo miró. Y su cerebro despertó enteramente de pronto. Entonces se incorporó sobre un codo y examinó la parte inferior de su salto de cama.

—Tranquilícese, Margaret. He sido yo quien ha bajado el telón.

—¿Le ha gustado el espectáculo?

—Sensacional.

Le enjugó con un pañuelo la sangre de sus labios.

—¿Se ha marchado ya ese hombre? —preguntó ella.

—¡Ah!, ¿pero era un hombre? Le había confundido con King-Kong.

Ella esbozó una sonrisa. Pero él se puso serio de repente.

—¿Quién es ese hombre? —inquirió—. ¿Y qué hacía aquí?

Margaret tardó un rato en contestar:

—No lo había visto en mi vida.

Un estremecimiento sacudió su cuerpo.

—Ha sido horrible, Kit. Jamás podré olvidarlo. Me desperté de pronto. Alertada. Segura de haber oído algo extraño en el apartamento. Di la luz.

Volvió a sacudirla un estremecimiento.

—Ese hombre estaba en mi dormitorio; Sentí un pánico horrible. Y grité. No me explico cómo pudo entrar.

—Es muy fácil. Un juego de llaves maestras. Estas cerraduras

son, además, sencillas. Y el cerrojo de seguridad se ha puesto para algo. No vuelva a olvidarse de echarlo. Luchó con él, ¿no, Margaret?

—Sí. Me arrastró hasta el «*hall*». Dijo que tenía que ir con él. Que iba a llevarme con él de grado o por fuerza. Entonces luché con todas mis fuerzas. Me golpeó. Y le vi entrar a usted un instante antes de desmayarme.

—Es muy extraño todo esto. ¿Quién es usted en realidad, Margaret? ¿Alguna rica heredera que se encuentra en Phoenix de incógnito?

—Nada de eso, Kit —respondió—. No tengo a nadie en el mundo. Vivo de mi trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Maquillaje. Servicio a domicilio.

—Bien. Retírese a dormir ahora. Le está haciendo falta. Tome algún somnífero si no puede conciliar el sueño. Le hará mucho bien. Y no se olvide del cerrojo. De todas formas, es poco probable que ese mastodonte pretenda repetir la suerte. Mañana hablaremos más despacio de todo esto. No aquí, por supuesto. Lo haremos en el «Valley-Club». ¿De acuerdo?

Ella asintió con un gracioso mohín.

—De acuerdo, Kit. Iremos al «Valley-Club».

Kit la besó en los labios. Con suavidad.

—Esto vale más que todas las sensaciones de intimidad juntas —susurró, alejándose hacia la salida.

III

KIT entró aquella mañana en el despacho del inspector Marsh, con un sano optimismo. Aquella noche, si las cosas no se torcían, Margaret y él estarían juntos en el «Valley-Club». Una buena perspectiva.

El inspector examinaba un montón de fotografías en color, diseminadas sobre la mesa.

—Hola, Kit —respondió al saludo del joven—. Buenas noticias, ¿no?

—¿Respecto a qué?

—A Bonnie French. No hay más que verlo.

—Pues se equivoca, inspector. No he descubierto su paradero. Pero sé algo muy importante.

—¿Por ejemplo?

—Que Bonnie French no ha sido raptada por nadie.

Le explicó su entrevista con Nanny en el «New-Club».

El inspector emitió una seca risita.

—¿Sabe lo que le digo, Kit? Si yo hubiese estado en el lugar de Bonnie, habría obrado exactamente igual que ella. Ese Obi es un tipo insoportable. Pero es nuestro deber encontrarla y ponerlo en su conocimiento. Luego... tendrá que ser él quien trate de convencerla para que vuelva a casita. Bonnie es mayor de edad. No podemos obligarla.

Kit fijó su atención en las fotografías.

—¿Qué es esto?

—Una colección de fotografías de Bonnie French. Bonnie es morena, de ojos negros. Pero hoy las mujeres cambian el color de su pelo tantas veces como nosotros la camiseta. Nuestro fotógrafo ha

hecho un buen trabajo cambiando a Bonnie el color de su pelo de acuerdo con la moda. Morena, rubia, cobriza, plateada... Véalas, Kit.

El agente las fue examinando una a una.

Sí, el fotógrafo había hecho un buen trabajo.

Se paralizó de pronto al posar sus ojos en la Bonnie French de pelo rubio.

Era ella. Sin ningún género de duda. Margaret.

La muchacha huérfana, dedicada al servicio de maquillaje a domicilio, era Bonnie French. Aquella bonita muchacha que le había prometido acompañarle esa noche al «Valley-Club». Aquella muchacha a la que una especie de mole de granito con figura de hombre había querido raptar la noche anterior.

Estalló de pronto en una fuerte carcajada.

—¿Qué le ocurre, Kit?

—Algo muy gracioso. El cuento de Blanca Nieves, pero sin enanitos. Más bien con un gigante. Uno cree haber encontrado una pobre y desvalida aldeana que habita en un bosque de ensueño, y luego resulta que la aldeanita es ni más ni menos que una princesa. Y lo peor es que yo no veo la forma de convertirme en un príncipe encantador. Pero hay un buen sentido del humor en todo esto y eso disculpa todo lo demás.

La perplejidad del inspector fue en aumento.

—Oiga, Kit. ¿Ha venido por el sol, muchacho?

—Nada de eso, inspector. He encontrado a Bonnie French.

—¡No me diga!

—Sí que se lo digo. Es más. Esta noche, Bonnie y yo íbamos a bailar juntos en el «Valley-Club». ¿Qué le parece eso?

—Estupendo. Bien. Habrá que avisar a Obi Lang. ¿Dónde vive esa muchacha?

—Espere un poco. Quiero hablar con ella antes de nada. Avise a Obi si quiere. Dígale que el F.B.I., ha encontrado el paradero de su hija. Y subráyle que ella se ha ido voluntariamente de casa, porque se le hacía insoportable su presencia. Nada más. Si insiste en conocer su domicilio, adviértale que no se lo podrá comunicar antes de un par de horas. Es el tiempo que tardaré en estar de regreso. Antes, quiero hablar con Bonnie.

Se largó, mientras el inspector discaba el número del millonario.

Bonnie le recibió con una de sus maravillosas sonrisas. Algo que produjo una ligera amargura en el agente. Porque aquella muchacha joven y bonita estaba ya demasiado alta para él, y eso derrumbaba de un solo golpe sus castillos en el aire.

Bonnie vestía un sencillo conjunto de jersey y falda, que ponía de relieve la perfección de su figura.

Lo enlazó por el brazo y lo condujo al «hall». De pronto reparó en la seriedad del rostro del agente.

—¿Qué le ocurre, Kit?

Él le presentó su fotografía con el pelo rubio.

—Bonnie French —murmuró—. La millonaria Bonnie French jugando a la cenicienta con un agente federal lanzado en su búsqueda. Bonita broma, Bonnie. Cuando se la cuente a la pandilla del

«New-Club»,

pasarán un rato muy divertido.

El rostro de la joven dibujó un gesto compungido.

—No lo tome así, Kit. Yo... yo... me siento muy desgraciada.

Hundió de pronto su cara en el pecho del agente y estalló en sollozos.

Kit la abrazó con suavidad, acariciando el pelo y la espalda de la joven.

—¿Por qué se marchó de casa, Bonnie?

—Obi es un tirano, Kit —hipó—. Me hacía la vida imposible. Yo tengo mis amigos, mis aficiones, mi padre... El pretendió impedirme todo contacto con lo que yo más quiero en este mundo. Tengo que cumplir su voluntad. Nuevas amistades, nuevas aficiones y un repudio absoluto por Hal French. Hace tiempo que me hubiese ido de ese infierno. Porque la casa de Obi es un infierno de verdad. Pero siempre me retuvo el afecto por mi madre. Y ella está loca, está ciega por Obi Lang. Lo que Obi dice es ley irrefutable para ella. Ama el lujo, las comodidades, la vida fácil. Y de pronto, Kit... ¡Oh! Es horrible.

—¿Qué es horrible, Bonnie? —inquirió persuasivo.

Ella movió a cabeza en sentido negativo.

—No puedo decirte nada, Kit —le tuteó de pronto—. No me atrevo a decirte nada. Es... demasiado horrible. Aquello me indujo a abandonar la casa de Obi, a repudiar su compañía. Me repudiaba ya

su sola presencia o simplemente oír su voz.

Bonnie pareció calmarse. Se apartó del joven y enjugó las lágrimas.

—Había sangre en tu coche cuando lo encontré, Bonnie.

Pareció envararse el cuerpo de la muchacha. Y su mirada se tornó suspicaz, huidiza.

—Me di un golpe en la nariz. Nerviosismo. Quise desembarazarme del coche, que hubiese servido para identificarme fácilmente. Hablé con Nanny. Únicamente con ella. Necesitaba desahogarme un poco. Nada más que eso. Luego, por los periódicos, supe que tú habías encontrado mi coche y todo eso. Y se me ocurrió la idea de venir aquí. De hablar contigo, de buscar tu amistad. Pensé que era el mejor modo de despistar al F.B.I. Que ibas a buscarme en todas partes menos en tu propio domicilio.

—Buena jugada, Bonnie. Yo buscaba a una muchacha de pelo negro. No está mal la idea del teñido, el fuego para el cigarrillo y el *whisky*. Confieso que habías logrado despistarme. Bien. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé aún —respondió tras un corto silencio—. Antes quiero poner en orden mis ideas.

—¿Y el energúmeno de anoche? ¿Crees que sabía la verdad y pensaba sacar un buen rescate?

—Es posible.

Mentía ahora. Como había mentido al decir lo del golpe al abandonar el coche. Allí había algo. Algo que escapaba a su percepción, pero que intuía con un fondo turbio, repugnante. ¿Sería posible que Obi hubiese puesto sus ojos en la muchacha?

Se despidió.

—Kit.

Se volvió.

—¿Iremos esta noche al «Valley-Club»?

—¿Quieres que vayamos?

—Sí.

—Bueno. Pero, de todas formas, ya no va a ser como había imaginado.

—¿Por qué?

—Porque son muchas las cosas que ahora nos separan.

Bonnie se aproximó al agente. Jugueteeó con un botón de su

americana, sin mirarle a los ojos.

—Tengo que hablar contigo, Kit. Estrictamente confidencial. De muchas cosas.

—Entre ellas...

—Del motivo por el que abandoné precipitadamente la casa de Obi. Cuando lo sepas todo..., verás que no existen esas barreras que te parece ver entre los dos. Esta noche, Kit, en el «Valley-Club».

—De acuerdo.

Salió.

Obi Lang paseaba como una fiera enjaulada por el despacho del inspector cuando Kit entró en él.

Al verle, Obi engarfió su diestra en las solapas de la americana del agente y barbotó:

—¿Dónde está mi hija Bonnie? Usted lo sabe. Y tiene que decírmelo ahora mismo. Sin dilación.

Kit soltó calmosamente la mano de Obi. Luego se sacudió la solapa, como si la mano del millonario la hubiese ensuciado.

—Es usted un tipo asqueroso, Obi —dijo—. Y baje el tono de su voz cuando se dirija a mí. No soy un asalariado suyo. Viéndole a usted es fácil comprender por qué Bonnie repudió su presencia y por qué produce náuseas a todos los habitantes de Phoenix.

Obi se encogió sobre sí mismo, amedrentado por la luz que brillaba en las pupilas del agente.

—Discúlpeme —dijo al fin—. Durante muchos años me he esforzado por ganar el afecto de Bonnie, por lograr que ella me considerase como a un verdadero padre. La quiero como si fuese mi propia hija y he cifrado en ella todas mis esperanzas. Pero Bonnie se ha mostrado siempre reacia a mis atenciones, desagradecida...

—No es eso, Obi —le interrumpió el agente—. Equivoca el camino. Ha pretendido deslumbrar a la hija como deslumbró a la madre. Pero Bonnie lleva la sangre de Hal French. Un hombre bueno, sencillo y generoso. A Bonnie no se la puede ganar del mismo modo que a su madre. Con algo que usted no tiene. Y lo que uno no lleva dentro de sí, es difícil suplirlo con lo de afuera. Baje un poco la cabeza, Obi. La lleva siempre demasiado alta y no ve lo que hay bajo sus pies. Seres que le aventajan a usted en muchas cosas, seres superiores a usted; aunque no tengan donde caerse muertos. Permita a Bonnie alternar con sus amigos de siempre, apóyeles en

sus aficiones, permita sus visitas al bueno de Hal, aliéntelas más bien, y verá cómo Bonnie cambia también su modo de comportarse con usted. Guárdese la soberbia en un bolsillo. Es el mayor de los defectos.

Obi Lang agachó la cabeza. Luego miró al inspector. Parecía confuso, avergonzado.

—Creo que su agente tiene razón, inspector —pronunció al cabo de un rato—. La verdad es que nunca he intentado comprender a Bonnie y ayudarla. Siempre he tratado de imponerle mi propia voluntad. Oiga, federal —se volvió a Kit—. No es sólo por mí. Es por mi esposa. La madre de Bonnie sufre mucho con la ausencia de la muchacha. Y yo quiero a Sara. ¿Quiere acompañarme hasta el sitio donde está Bonnie? Hablaré con ella en su presencia. Trataré de convencerla para que vuelva a casa junto a su madre. Todo cambiará de ahora en adelante. Muy interesante eso que me ha dicho de proteger a algunos de sus amigos. Le prometo estudiarlo.

Kit accedió a ir con él. El hombre parecía arrepentido, humillado, aunque el agente no estaba muy seguro de sus sentimientos. Era difícil que un hombre como Obi cambiase su modo de ser en tan corto espacio de tiempo.

Llegaron a la Trail Street en el coche del millonario. Un «Cadillac» del mismo modelo que el de Bonnie, pero pintado de gris y rojo.

Kit pulsó el zumbador.

Silencio.

Repitió por tres veces la llamada, sin que la muchacha hiciese acto de presencia.

Se miraron.

La expresión de Obi era alarmada.

—¿Cree que haya podido sucederle algo?

Se encogió de hombros.

—Todo es posible.

Sacó un juego de llaves maestras y abrió.

Entraron.

El apartamento estaba vacío. Junto a la mesita del «*hall*», una botella de *whisky* fragmentada. El líquido, derramado sobre la alfombra, esparcía su olor por la atmósfera de apartamento. Y junto al diván, unas gotas de sangre.

Kit examinó todo eso. Luego se incorporó con lentitud.

El energúmeno debía haber vuelto. Y esta vez el éxito había coronado sus esfuerzos. Todo parecía indicarlo así.

Oprimió los puños.

—¿Qué sucede, federal? —inquirió Obi con un hilo de voz—. ¿Qué significa esa botella rota y esa sangre?

—Posiblemente que Bonnie ha sido raptada. Ya lo intentaron anoche. Y yo... yo he sido lo suficiente idiota para descuidar la vigilancia, sabiendo que el peligro se cernía sobre ella.

La garganta de Obi emitió un seco sollozo.

—Bonnie raptada —susurró—. No me importa pagar por su rescate todo cuanto me pidan. Aunque sea todo cuanto poseo. Pero... no puedo apartar de mi mente el recuerdo de esas muchachas encontradas en el Gila, horriblemente maltratadas.

—Trataremos de evitar que ocurra eso. Vamos, Obi. Retírese a su casa. Deje el asunto en nuestras manos. Y no pierda el contacto con el inspector.

Kit obligó al millonario a retirarse. Seguidamente comunicó con el inspector, poniéndole al corriente de la situación. Al acabar, se dedicó a indagar en busca de una posible pista, entre los empleados del edificio.

El ascensorista no había visto nada. Los raptos no emplearon el ascensor para llevársela. Estaba completamente seguro. Conocía a la joven. Y se hubiese fijado en ella.

El encargado del Registro tampoco sabía nada. El «*hall*», durante el día, era un hervidero de gentes. Eran muchas las personas que se presentaban a retirar el correo o preguntando por algún inquilino del inmueble. No podía fijarse en quién entraba o salía del edificio.

Al fin, una de las mujeres encargadas de la limpieza pudo facilitarle información. Conocía a la rubia Margaret. Simpática, muy amable. Apenas haría una hora que la vio bajar las escaleras. Ella estaba limpiando entonces el rellano de la cuarta planta. La muchacha parecía triste, abatida. Dos hombres la acompañaban. Sujetándola fuertemente por los brazos. Como si en realidad ella se encontrase enferma.

—¿Cómo eran esos hombres? —inquirió Kit.

—Uno de ellos parecía herido en la cabeza. Con la mano libre oprimía un pañuelo contra su frente, de donde manaba la sangre.

Apenas pude verle el rostro por ese motivo. El otro era un hombre muy bien trajeado, elegante. ¿Comprende lo que quiero decirle? Parecía joven. Quizá unos treinta años. Guapo. Con un bigotito recortado. Y tenía un lunar en la mejilla derecha, cerca de la oreja.

Kit retornó al apartamento de la joven.

Aparte el detalle de la botella de *whisky*, todo estaba allí en orden. La cama bien hecha y las ropas de Bonnie en el armario. Lo mismo en las restantes piezas del apartamento.

Su mirada se posó distraídamente en una hoja de papel tirada bajo la mesita del comedor.

La recogió.

Bonnie había escrito algo en el papel. Un mensaje dirigido a él. Repasó las líneas.

«Querido Kit:

»Presiento el peligro. Mejor, lo siento llegar paso a paso. Lo siento cernirse sobre mí, acechando el momento de envolverme. Quizá te parezca pueril, pero es así. Por eso quiero hacerte esta confesión por escrito, ante el temor de no poder hablar contigo en el Valley-Club. Kit, querido, a partir de este instante no creas nada de lo que te digan de mí, no hagas caso alguno de las noticias que lleguen hasta ti respecto a mi suerte. No se atreverán a matarme, al menos por el momento. He descubierto algo terrible. Algo que...».

Ahí terminaba todo. Bonnie había sido sorprendida por sus raptos al llegar a ese punto de su confesión. Lo más seguro era que la muchacha hubiese tirado el papel, de forma que no llamase la atención de los raptos y lo destruyesen. Porque aquélla era una pista, aunque demasiado vaga para discernir a través de ella el fondo del enigma.

IV

KIT torció el gesto al oír el repiqueteo del timbre.

Escondió la cabeza bajo las ropas de la cama. Todo inútil. El timbre sonaba con machacona insistencia. Hería sus tímpanos con su aguda vibración.

Sentóse en la cama, medio dormido aún. Empuñó el despertador y lo estrelló con rabia contra la pared.

El timbre continuó su repiqueteo.

Descolgó el teléfono con gesto resignado.

—Hola.

—Kit. Venga inmediatamente a la Seccional. Han ocurrido novedades.

—¿Qué novedades, inspector?

—Los raptos de Bonnie French dan señales de vida.

Se vistió apresuradamente.

Obi Lang estaba en el despacho. Abatido, como si un gran peso le abrumara. Parecía haber perdido su habitual jactancia, su soberbia, y eso contribuía a hacerlo más humano.

Kit sintió por él una súbita compasión. Aquel hombre estaba sufriendo lo indecible.

El inspector alargó a Kit un papel.

El agente repasó las líneas escritas en él, con una caligrafía pésima, deformada, desigual.

«Su hija Bonnie está tasada en quinientos mil dólares. No es mucho para un explotador como usted. Dinero viejo, sin marcar. La Policía al margen. Deposite el dinero sobre el asiento posterior de su coche y éste en el mismo punto donde fue encontrado el “Cadillac”

de su hija. Esta noche, a las doce. Auséntese una hora y luego vuelva. Si no cumple fielmente estas instrucciones, tendrá que buscar a Bonnie en el fondo del Gila».

—¿Ha pensado algo? —preguntó el joven a Marsh.

—Desde luego. No podemos consentir que esos granujas se salgan con la suya. Tenderemos una tupida red en torno al coche. De forma, naturalmente, que ellos no puedan sospechar que se les vigila de cerca.

—¿Cómo hará eso?

—Un agente sustituirá al empleado del surtidor de gasolina de Hal French. Los cuatro guardas del valle del Salt River serán también otros tantos agentes. Se procederá a hacer lo mismo en los ranchos de recreo más próximos al lugar donde estará el coche con el dinero. Patrullas móviles vigilarán los extremos de las carreteras y caminos, a suficiente distancia para no despertar sospechas. Lo mismo se hará en los prados y campos que rodean el sitio. Y usted. Kit, estará más cerca de los raptos que ninguno.

—¿Dónde? ¿Subido a un árbol como los cazadores furtivos?

—Metido en el portaequipajes del «Cadillac». Tiene el espacio suficiente para contener a un hombre. Obi lo dejará abierto, de forma que pueda salir con entera libertad. Ante todo, Kit, mucha prudencia. Su responsabilidad es muy grande en este caso. No precipite la acción, a menos mientras pueda existir el menor riesgo para la muchacha. Una vez eliminado este riesgo, obrará en consecuencia. El señor Lang tiene su «Cadillac» en el garaje Blood en Madison Street. Segunda planta. Debe ir allí y ocupar su puesto sin que nadie pueda verle. El señor Lang retirará su coche a las nueve. Eso es todo, Kit.

Kit Beale cumplió al pie de la letra las instrucciones del inspector. A las nueve, cuando Obi Lang retiró su coche del garaje Blood, él se hallaba en el portaequipajes, encogido de un modo inverosímil. El inspector había dicho que era el suficiente espacio para contener a un hombre. Pero se había olvidado de apuntar la postura que debía adoptar ese hombre para contenerse allí.

Lang fue a su casa. Luego permaneció en un bar, hasta las doce menos cuarto de la noche. Y a esa hora, el «Cadillac» volvió a rodar rumbo al valle.

Kit sintió cómo el coche reducía su velocidad al aproximarse al punto elegido por los raptos. Después, un brusco viraje, la doble sacudida del vehículo al atravesar la cuneta y el roce de los arbustos en la carrocera.

A continuación, un brusco frenazo, seguido del ruido de la portezuela. Finalmente, los pasos de Obi Lang, alejándose carretera adelante.

Kit levantó la tapa unas pulgadas.

El paraje estaba sumido en un profundo silencio. Sólo percibió el leve siseo del viento entre el follaje y el croar de alguna rana en un charco cercano.

Poco después percibió el ruido de un coche lanzado a gran velocidad.

Acarició la culata de la pistola. Pero el vehículo cruzó raudo frente al «Cadillac» y desapareció en la distancia.

Así transcurrió una hora, pasada la cual Obi Lang retornó al coche.

Kit saltó afuera al sentirle llegar.

La luna proyectaba su luz sobre el paisaje, dándole un aspecto espectral, prestando una apariencia fantasmagórica a los árboles y a las plantas.

A su claridad, el federal vio demudarse el semblante de Lang al cerciorarse que el dinero continuaba sobre el asiento posterior.

—¿Qué significa esto? —balbució.

—No ha venido nadie, Obi.

Lang se cubrió el rostro con las manos.

—¡Dios mío! —susurró—. Eso quiere decir que los raptos se han dado cuenta del aparato desplegado por la Policía federal. Y si es así...

—Vamos, Lang. Suba al coche. Las lamentaciones no conducen a ningún resultado práctico. Y los comentarios tampoco van a solucionar nada en este caso. Volvamos a Phoenix. Nada nos queda por hacer aquí.

El inspector Marsh se hallaba en el bar del surtidor de Hal French. Salió al camino y aparcaron su coche junto a él.

Hal French salió tras él.

Se apearon los dos hombres. Con evidente disgusto por parte del millonario. No le agradaba la presencia del padre de Bonnie.

El inspector le interrogó con la mirada.

—Nada —denegó el agente—. No se ha presentado nadie.

—¿Habrán sospechado la verdad esos hombres?

—Es posible —replicó el agente—. Pero no se atreverán a llevar adelante su amenaza de todos modos.

—¿En qué basa sus palabras, Kit?

—Una corazonada —eludió—. Tengo el presentimiento de que estamos ante un asunto mucho más turbio aún que el rapto de una joven. Algo más siniestro que eso, con un mar de fondo sucio y viscoso, escalofriante.

—¿Quiere aclararme eso mejor?

—En otro lugar y en otro momento. Es sólo una conjetura, un esbozo. Pero va tomando cuerpo poco a poco.

Obi sufrió de pronto un ataque de ira.

—Guárdese sus conjeturas, federa. Estamos ante un hecho consumado. Algo que no puede arreglarse con simples palabras. He hecho mal en confiar en el F.B.I. Bonnie está en peligro de muerte por su culpa. La matarán. Estoy seguro de ello. Es lo que ha ocurrido otras veces. Esos hombres no se detienen ante nada. Y mientras ustedes están divagando acerca de lo que pueda o no encerrar en sí el hecho, Bonnie puede estar siendo maltratada o sumergido su cadáver en las aguas del Gila. Y ustedes serán los culpables de su muerte. Y yo, por haber confiado en la eficacia teórica del F.B.I.

Hal se plantó de pronto frente a él. Disparó el puño, estrellándolo en las mandíbulas del millonario.

—No vuelvas a abrir tu pestilente boca, Obi. No tienes derecho ninguno para emitir opiniones acerca de Bonnie. Es mi hija —subrayó—. ¿Comprendes? Mi hija. Y tengo la seguridad de que no eres ajeno a lo que le ocurre a Bonnie. Quizá todo es una idea tuya destinada a ganar su afecto. Te duelen los desprecios de Bonnie. Pero algún día quedarán al descubierto tus sucias maquinaciones, y entonces...

El inspector pasó su brazo por la espalda de Hal y lo obligó a caminar hacia el bar.

—Tómese un café, Hal. Y no se preocupe por Bonnie. La rescataremos.

Kit ayudó a Obi a incorporarse.

El millonario se enjugó con un pañuelo la sangre que manaba de sus encías.

—Ese maldito borracho —masculló—. Algún día...

—No pasará nada, Obi. Ya lo vio. Hal es demasiado para usted. Quizá lo pueda hundir económicamente. Pero de hombre a hombre...

Obi subió al coche tras lanzar al agente una mirada furibunda. Luego se alejó a buena velocidad, sin invitarles a subir.

Kit estalló en fuertes carcajadas.

—Te ha sentado mal la lección, ¿eh, gusano? —gritó—. ¡Pues aguarda a que te aplique yo la mía!

Kit condujo su «Chevrolet» como un loco a través de las calles de Phoenix.

Frenó con brusquedad ante el edificio de la Morgue, en la Harier Street.

Una especie de arco de piedra daba entrada a un amplio corredor, formado por las paredes laterales de dos altos edificios. Al fondo, un pabellón de ladrillos rojos, sin adornos, con la puerta de entrada de sólidas planchas de hierro y un ventanillo rectangular casi a la altura del tejado. Junto al pétreo pabellón, un corredor más estrecho conducía a las oficinas y dirección de la Morgue.

El «Cadillac» de Obi Lang estaba junto a la puerta. Tras él, el coche del inspector Marsh.

El conserje de la Morgue, sentado con indolencia en un taburete, respondió a su seco saludo con un ademán de cabeza.

El inspector le salió al encuentro. Parecía haber perdido parte del dominio sobre sí mismo.

—¿Es Bonnie?

Marsh asintió con la cabeza.

—Sí, Kit.

—¿Cómo... cómo la han encontrado?

—A primeras horas de la mañana. La vieron unos aficionados a la pesca. En el lugar qué denominan Paso de Gerónimo. El agua es transparente y la profundidad escasa. Se apresuraron a comunicarlo al «*sheriff*» Walter. Y Walter me lo comunicó a su vez. Le han pegado de un modo brutal. Como a las otras. El forense ha dictaminado ya. Bonnie estaba muerta antes de que su cuerpo fuera

sumergido en las aguas del Gila. Muerta a golpes. Éstos han desfigurado su rostro, hasta hacerlo irreconocible.

—¿Entonces...?

—Obi Lang está dentro con su esposa. La madre de Bonnie. Los dos la han identificado sin ninguna vacilación.

Kit entró en el depósito.

Hacía frío adentro. Un frío húmedo, densamente húmedo, que parecía penetrar hasta los huesos.

En ambos lados y al fondo se alineaban las mesas de hierro donde eran depositados los cadáveres, dejando un pequeño hueco entre cama y cama.

Obi y Sara, su esposa, se bailaban junto a la única cama de hierro ocupada en ese instante. Sara sollozaba, apoyada la cabeza en el hombro de su segundo marido, que la enlazaba por la cintura. Era patética la expresión del millonario.

Kit avanzó con lentitud hacia el bulto humano que se adivinaba bajo la blanca sábana. Con encontrados sentimientos. Bonnie Frenen había empezado a significar algo en su vida. Y él en la vida de la joven. Siempre la recordaría como Margaret, aquella muchacha que le había ofrecido un cigarrillo y un vaso de *whisky*.

Le asaltó una duda. Bonnie le decía en su incompleto mensaje que no debía creer nada de lo que oyese acerca de ella, ni hacer el menor caso de las noticias que llegasen hasta él respecto a su suerte. Que no iban a atreverse a matarla, al menos por el momento.

Obi Lang se volvió al inspector.

—Me gustaría poder llevar a casa el cuerpo de nuestra hija.

—Diríjase a la Dirección, Lang. No creo que haya inconveniente alguno.

Salieron los dos. Entonces Kit se apresuró a descubrir el busto de la muchacha.

Irreconocible. Los asesinos habíanse cebado en su cara, hasta deformarla de un modo total, absoluto.

Kit reconoció los pendientes de oro y diamantes de Bonnie. También el collar de perlas y su pulsera.

—Es ella, Kit —musitó a su lado el inspector—. Sara, su madre, la ha identificado.

—¿Cómo ha podido reconocerla?

—No lo sé, pero así ha sido.

Kit no le hizo el menor caso. Elevó los párpados del cadáver. Luego retiró hacia arriba el labio superior, partido por los golpes. Seguidamente volvió a cubrirla con la sábana, haciendo una señal al inspector para que le siguiese afuera.

—¿Han anunciado su muerte en los periódicos?

—Sí. Esos periodistas no descansan. Están ávidos de noticias. Los tres diarios de la ciudad anuncian la trágica muerte de Bonnie French. Y las declaraciones de los pescadores que la han encontrado.

—Eso está bien. Vamos a la Seccional. Tenemos que hablar a propósito de esto.

Una vez en el despacho. Kit empezó a decir:

—Agárrese a los brazos del sillón. Va a explotar la bomba. Esa mujer no es Bonnie French. Lo sospechaba. Lea esto.

Le entregó la carta que la joven había empezado para él.

—¿Qué le parece? —preguntó cuándo el inspector acabó su lectura.

—Esto no quiere decir nada. Ha podido pasar ese momento aludido por la joven y...

—No sea ingenuo, inspector. Éste es un asunto mucho más turbio aún de lo que parece a simple vista. Y eso que lo parece mucho. Obi y Sara han visto un cuerpo de proporciones parecidas al de Bonnie. Un cabello negro, también parecido, pero que no es el mismo. Y se han guiado más bien por las joyas, que sí pertenecen a Bonnie French. Pero éstos son detalles secundarios. Detalles previstos y preparados por los raptos para la consecución de sus planes. Hay otros detalles naturales, imposibles de cambiar, que no han tenido en cuenta ellos ni Obi y Sara. Entre ellos, el color de los ojos. Los de Bonnie son negros. Intensamente negros. Los he visto muy de cerca. Los de esa pobre muchacha que hemos estado viendo en la Morgue, son azules. De un azul pálido, casi grises. Bonnie tiene una dentadura perfecta. Esa muchacha lleva dos postizos de oro. Los dos colmillos del maxilar superior. Esa desgraciada joven, en fin, tiene un pequeño lunar en la parte derecha de su cuello, del que carece Bonnie French. ¿Quiere más detalles? No le he mirado las piernas, pero estoy seguro de que también existirán detalles en ellas, que desharían fácilmente el error.

—¿Las piernas? Oiga, Kit. ¿Hasta dónde ha llegado con Bonnie French?

—Hasta ninguna parte. Los raptos nos impidieron bailar juntos en el Valley-Club.

—¿Y lo de las piernas?

—Asunto personal... e intransferible. Vamos a buscar en el archivo, inspector. Es posible que tengamos la ficha de una muchacha dada por desaparecida en alguna parte de Arizona o quizá en otro Estado. De lo contrario, cursaremos una información con sus señas, solicitando datos acerca de ella.

Encontraron lo que buscaban. En el pequeño archivo del inspector. Un archivo provisional, donde Marsh guardaba los casos en estudio, cuya solución estaba pendiente de determinadas gestiones.

La denuncia provenía de la Seccional de Douglas, la ciudad fronteriza más importante de Arizona. Data de seis meses atrás. Su nombre era Mary Osborne. Veintidós años. Pelo negro, ojos azules, labios gruesos y un pequeño lunar en la parte derecha de su cuello. Se adjuntaba una fotografía. Pero era quizá lo único por lo que no se le podía identificar, a causa del castigo recibido. «Girl» de una compañía de revistas, que estaba en Douglas por esa fecha. El empresario había denunciado el hecho a la Policía, por incumplimiento de contrato. No había rastro de ella. Los últimos informes señalaban que la habían visto marchar de su pensión en un coche conducido por un sujeto, del que no podía facilitarse la menor señal.

Eso era todo. Suficiente para Kit y el inspector Marsh. Pero, en el fondo, sólo una cosa estaba clara. Que Mary Osborne, la desgraciada «girl», suplantaba en muerte la personalidad de Bonnie French. Nada más. El paradero de Bonnie y el porqué de aquella suplantación, eran una incógnita que no acertaban a desentrañar.

—¿Opinas que debemos poner a Obi al corriente de estos acontecimientos?

—Nada de eso, inspector. Obi debe ignorar ese detalle. Déjelos que sufran ahora un poco. Luego se resarcirán de este mal rato. Lo siento más por Hal French que ninguno de ellos, pero después tendrá también su compensación. Nuestro trabajo consiste ahora en esperar los acontecimientos. Ellos pondrán en nuestras manos la

solución del caso. Por lo menos, nos traerán alguna pista por seguir. No podemos lanzarnos a dar palos de ciego.

El timbre del teléfono cortó el diálogo entre los dos hombres.

—Hola.

—¿F.B.I.?

—Inspector Marsh al aparato. ¿Con quién hablo?

—Soy el abogado Topper Storm. ¿Es cierto lo que dice la prensa acerca del asesinato de *miss* Bonnie French?

La voz sonaba grave al otro extremo del hilo.

Marsh hizo una seña al agente para que se aproximase y pudiese captar toda la conversación.

—Completamente cierto, míster Storm —contestó—. *Miss* Bonnie French ha aparecido en el Gila, asesinada de un modo brutal. El forense ha practicado la autopsia y dictaminado las causas de su muerte. El señor Obi Lang y su esposa, madre de Bonnie, han identificado el cadáver. El asunto no ofrece lugar a dudas.

—Bien. En tal caso, inspector, tengo algo que comunicarle. Algo que quizá sea de vital importancia para el esclarecimiento del crimen. La señorita French tenía la sospecha de un peligro inminente. Estuvo a verme hace un par de semanas. Y me lo hizo constar así. Me entregó un sobre lacrado. Un sobre que yo debía entregar a mi vez al F.B.I. en caso de que ella sufriese una muerte violenta. De no ocurrir así, debía mantener la existencia de ese sobre en el mayor de los secretos, hasta nueva orden por su parte. Una orden que sólo tendría validez si era pronunciada por sus propios labios y en presencia mía. Secreto profesional, ¿comprende, inspector?

—De acuerdo, señor Storm.

—*Miss* Bonnie ha sido asesinada y yo debo de cumplir sus órdenes. Esto es, poner el sobre lacrado a disposición del F.B.I. ¿Quiere venir a retirarlo, o...?

—Es lo mejor —le interrumpió—. ¿Está en su despacho?

—Exactamente. Avenida de México, edificio Alabama, primera planta.

—De acuerdo. Estaremos ahí dentro de unos momentos.

Colgó.

—¿Se ha enterado Kit?

—Sí. Seguro que ese sobre encierra la confesión que Bonnie

quiso hacerme en carta confidencial y quedó interrumpida por la llegada de sus raptos.

—Ésa es también mi opinión. Vamos, Kit.

El coche oficial recorrió a gran velocidad la Tritón Street, haciendo sonar su sirena. Torcieron por la calle de San Antonio, enfilando rectamente la Avenida de México.

El edificio Alabama, de veinte plantas, estaba destinado en su mayor parte a oficinas comerciales, despachos de abogados y diversas gestorías.

Se mezclaron entre la multitud que deambulaba por los pasillos y las escaleras del edificio.

El despacho de Topper Storm, de puerta de grandes cristales tallados, tenía un rótulo de letras de metal en relieve.

Entraron.

El vestíbulo, pequeño, contenía un asiento mullido adosado a la pared, que la ocupaba de extremo a extremo. Frente a la puerta, un mostrador que terminaba en una mampara, frente a la puerta del despacho particular del abogado. Ésta también de cristales tallados. Y al otro lado del mostrador, una mesita con una máquina de escribir.

Por un ángulo del mostrador asomaban unos zapatos de tacón alto y unas bien torneadas piernas femeninas enfundadas en sendas medias de nylon.

Se miraron. Perplejos.

Kit atravesó la mampara y se inclinó sobre el cuerpo de la mujer. Una muchacha joven y bastante guapa.

La auscultó.

—Está desvanecida.

El inspector entró en el despacho del abogado.

—Venga, Kit. El pobre Storm ha salido peor librado que su secretaria.

Kit le siguió.

Topper Storm se hallaba en su gran sillón, apoyado contra uno de los brazos del mueble. Cargando el cuerpo sobre él, en una postura trágica. Su cabeza colgaba, extraordinariamente ladeada, con una expresión de horror estereotipada en sus nobles facciones. De su pecho sobresalía el mango de un cuchillo de cocina. La sangre, que empapaba sus ropas y formaba charco en el suelo,

delataba que el crimen había sido cometido hacía escasos minutos. Durante el tiempo que les había llevado recorrer la distancia que separaba la Seccional del despacho del abogado.

Un crimen desconcertante por su rapidez.

Al fondo, la caja de caudales empotrada en la pared, con la puerta abierta enteramente.

Marsh efectuó un minucioso registro de la misma.

La caja contenía una extensa serie de documentos y apuntes relacionados con la profesión del propietario. Nada más. Ni dinero ni el sobre lacrado a que Storm había hecho alusión.

Marsh registró el despacho, de arriba abajo, mientras Kit Beale hacía volver en sí a la secretaria. La muchacha tenía un gran chichón en la cabeza. Recobró el uso de los sentidos y sollozó.

—¿Qué le han hecho a míster Storm? —balbució.

—Lo han asesinado.

La muchacha abrió la boca, dejando escapar una exclamación de horror.

—Asesinado. ¡Dios mío! —susurró.

—¿Quién lo hizo? —inquirió el inspector—. Usted debió verlo.

—Fue un sujeto alto, muy fuerte, de nariz aplastada. Entró y cerró con llave. La llave está siempre puesta por dentro durante las horas de consulta. Cuando intenté levantarme para inquirir lo que deseaba, me golpeó. Me pareció verle una porra en la mano. No estoy muy segura de ese detalle. Es todo cuanto puedo recordar.

Los dos hombres cambiaron sendas miradas de inteligencia. Debía tratarse del mismo energúmeno que intentó raptar a Bonnie la primera vez.

—¿Efectuó míster Storm alguna llamada telefónica esta mañana?

—Dos. Al domicilio de míster Obi Lang y a la Seccional del F.B.I.

—¿Oyó usted lo que hablaba con Obi Lang?

—Sí. El señor Lang y su esposa se hallaban en la Morgue y habló con uno de los criados de la casa. Nada de particular. Al conocer su ausencia, el señor Storm dijo que volvería a llamar más tarde.

—¿Guardaba el señor Storm corrientemente dinero en su caja?

—Sí. Una fuerte cantidad. Era una costumbre inveterada en él.

El inspector comunicó al juez el hecho. Él y las autoridades locales se encargarían después de disponer lo necesario para el traslado del cadáver a la Morgue.

—¿Por qué habrá matado a Storm ese mastodonte asesino? —murmuré el agente, camino de la Seccional—. La muchacha puede identificarlo de todos modos.

—Por dos razones. Kit —replicó el inspector—. Porque el abogado intentara oponer resistencia o bien porque conocía a ese hombre lo suficiente para descubrir por su sola presencia al promotor del asunto. Storm sabía quizá que ese hombre trabaja para un determinado individuo. Y ese hombre acudió a su despacho exclusivamente para robar el sobre lacrado. Se apoderó del dinero buscando con toda probabilidad despistar nuestras pesquisas. Un acto pueril.

—Sí; un acto pueril —musitó el agente—. Pero es a partir de ahora cuando la vida de Bonnie French pende de un frágil hilo. La existencia de ese sobre era lo que le daba seguridad. Tiene que ser así. Todo parece indicar que es así en realidad. Ahora que ese sobre, con la confesión de Bonnie, obra en poder de esos hombres...

—Creo que tienes razón, Kit. Ignoramos el contenido del sobre. Ignoramos qué sabía Bonnie. Carecemos del menor punto de partida para lanzarnos en una u otra dirección. No tenemos la menor idea de en qué consiste ese algo terrible que Bonnie había descubierto. Y eso nos coloca ante un profundo dilema, de difícil solución. ¿Dónde podemos buscar algo cuya naturaleza ignoramos en absoluto?

—Es a Bonnie a quien hemos de buscar. Ella tiene la clave del enigma. Y su vida es muy preciosa para no hacerle imposible por salvarla. Intensificar nuestros esfuerzos. Aumentar la vigilancia. Poner en pie de guerra a todas las fuerzas de la Ley en Arizona y los Estados vecinos. Ésa debe ser nuestra inmediata tarea.

El entierro de Mary Osborne, bajo la personalidad de Bonnie French, se verificó aquella misma tarde en el «West Cemetery». El cementerio de la gente adinerada de Phoenix. Grandes alamedas y espaciosos jardines; enormes panteones, algunos de un lujo recargado, y gran profusión de nichos.

Obi Lang tenía allí un panteón, que era todo un monumento. Dos grandes ángeles de mármol custodiaban la entrada. Y las paredes, excesivamente recargadas de racimos de uvas y grandes hojas labradas en la piedra. La obra quedaba rematada en una gran cúpula, sobre la cual erigíase una estatua de Moisés, también de mármol.

Pero la joven no fue sepultada en el impresionante panteón familiar de los Lang. Su ataúd ocuparía un nicho de la parte oriental del West Cemetery.

Kit asistió a la ceremonia.

Obi se retiró cuando los dos obreros empezaron a tapiar el nicho. Y el numeroso público se fue disgregando en todas direcciones poco a poco, en busca de sus vehículos.

Kit vio al padre de Bonnie.

Hal French no se había mezclado con la multitud que asistía al entierro de la muchacha. Permanecía varias yardas más atrás, rígido, enrojecidos sus ojos.

Kit lo tomó por un brazo y lo obligó a salir con él.

Hal pareció resistirse al principio. Después, tras una última mirada al nicho que contenía los restos de su hija, se dejó conducir dócilmente por el agente.

—¿Ha traído coche, Hal? —preguntó.

—No —respondió con expresión ausente—. El taller está muy cerca. He preferido venir a pie.

—Venga. Lo llevaré en mi coche.

Kit frenó el «Chevrolet» junto al surtidor. Y de pronto sintió compasión por Hal.

—Levante el ánimo, Hal. La vida tiene estas muecas.

—Desde luego. Pero Bonnie era lo único que me quedaba. El único afecto del pasado. Y duele perderlo así...

—¿Ha visto el cadáver?

—Cuando me enteré por la prensa y acudí a la Morgue, Obi la había llevado ya a casa. No quise ir. Se hubiese repetido la escena de ayer.

Se apeó.

Kit sintió la tentación de confesarle la verdad. De acabar con aquella pesadumbre que le abrumaba.

No lo hizo. Podía ser una alegría efímera. Porque ahora sí que Bonnie podía aparecer en las aguas del Gila, como había aparecido Mary Osborne.

Kit bajó del coche.

De pronto vieron llegar de la parte de Phoenix un «Packard» de negra carrocería.

Kit se fijó en su conductor. Distraídamente.

Soltó un respingo al tiempo que su cuerpo se envaraba.

Aquel hombre era el que intentara el rapto de Bonnie la noche que él conoció por primera vez a la muchacha. El energúmeno. El asesino de Topper Storm.

El «Packard» cruzó frente al surtidor a buena velocidad.

Kit comprendió por el gesto del hombre que éste también lo había reconocido.

—Hablabamos más tarde, HaI. Ese individuo del «Packard» y yo tenemos cuentas pendientes.

Arrancó a toda marcha, entre gemidos del motor.

El «Packard» le llevaba buena ventaja. Y había aumentado al máximo su velocidad.

Kit hundió a fondo el pedal del acelerador.

Tomó una pronunciada curva sobre dos ruedas, y enfiló la gran recta.

La ventaja del «Packard» disminuyó sensiblemente. El gigante era un mal conductor.

Atravesaron el valle del Salt River, con sus extensos campos de hortalizas.

La noche empezó a caer mansamente.

Kit encendió los focos.

Las saetas luminosas enfocaron la trasera del «Packard», a menos de doscientas yardas de distancia.

El coche negro viró bruscamente a la derecha, adentrándose en un prado.

Kit hizo lo propio, cortando en diagonal, lo que le permitió disminuir la ventaja del otro.

El gigante frenó de súbito cerca de un galpón de madera, que debía servir como almacén de pienso de algún rancho cercano.

Apeóse del vehículo con acelerados movimientos y corrió hacia el cobertizo.

Kit frenó a corta distancia del negro «Packard».

Saltó al suelo, empuñando su pistola, en el instante en que el gigante desaparecía en la puerta del galpón.

El agente avanzó, el ojo avizor y el arma presta a ser disparada a la menor señal sospechosa.

Alcanzó el galpón sin novedad. Sin que el gigante hiciese nada por contener su avance.

Se pegó a la pared, junto a la puerta, y escuchó.

Oyó ruidos. En la parte superior del cobertizo.

Entró.

La oscuridad del interior era absoluta. Apenas se adivinaban las pilas de fardos de alfalfa seca y la escalera de mano que comunicaba con la parte superior, de suelo de tarima, que ocupaba aproximadamente la mitad del cobertizo.

El gigante estaba arriba. Lo sintió revolverse entre restos de pienso seco esparcidos por el suelo.

Tanteó la escalera y emprendió su ascenso.

Se inmovilizó de pronto. Al comprender el plan de su contrincante.

El cobertizo tenía una amplia ventana en su pared lateral, a la altura del levante de tablas. Y el otro intentaba saltar por ella, con la idea de retornar al coche mientras el agente trataba de descubrirlo en la oscuridad. Si el agente no se apercebía de su maniobra, podía reventar un neumático del «Chevrolet» y largarse de allí con la mayor tranquilidad del mundo. Una idea bien pensada. Pero la torpeza del hombre la ponía al descubierto.

Oyó el ruido de su cuerpo al caer sobre la tierra.

Saltó a su vez de la escalera y corrió hacia la salida.

Crepitó un rifle. Algo lejos.

Seguidamente, un aullido.

Kit salió al exterior con el tiempo justo de ver al gigante, unos pasos más allá, desplomarse como un fardo.

Corrió hacia él.

El rifle volvió a crepitar. Más lejos que la primera vez.

El agente se lanzó en plancha al suelo, junto al cadáver del gigante, al sentir la corriente del proyectil rozarle la sien derecha.

Bramó el rifle por tercera vez. Y la bala se hundió con un plaf blando, electrizante, en el cuerpo del delincuente.

Después, al cabo de un rato, le llegó el sonido del motor de un coche arrancando a todo gas.

Examinó el cuerpo del gigante.

El primer balazo le había perforado la cabeza, cerca del ojo izquierdo.

Registró sus ropas. Sin encontrar nada de interés. Un poco de dinero y unos papeles que revelaban su identidad. El hombre se

llamaba Jim Pierco, de treinta años de edad, nacido en Elko, Nevada, de origen italiano.

Volvió al coche y emprendió el camino de regreso.

La muerte de aquel hombre había cerrado quizá la única puerta que podía conducirles al rescate de Bonnie y al esclarecimiento del misterio. Y ya sólo quedaba una. Difícil quizá de localizar. Un hombre guapo, bien trajeado, con un bigote recortado y un lunar en su mejilla derecha, cerca del cuello.

V

HAL French estaba al borde de la carretera, haciéndole señales para que parase.

Frenó junto a él.

—¿Ocurre algo, Hal?

El rostro de Hal había perdido ya su expresión de intenso dolor. Tenía ahora la dureza del granito.

—Oiga, federal —dijo—. ¿Ese individuo del «Packard» tiene algo que ver con lo de Bonnie?

—Mucho. Fue él quien intentó raptarla por primera vez. Aquella vez pude impedirlo, aunque me fue imposible evitar que él escapase.

—¿No ha conseguido darle alcance?

—Alguien se me adelantó, Hal. Un disparo de rifle ha terminado con él. Y otro más ha estado a punto de acabar conmigo. ¿Conoce a ese hombre?

—Sí. Jim Pierco es su nombre. He frecuentado alguna vez el «Powder-Bar». Un establecimiento de mala fama. Pierco venía con frecuencia al «Powder». Si eso puede servirle de algo...

—Es posible que sí. Llame al inspector Marsh por teléfono y dígame lo sucedido. Un poco más tarde iré a la Seccional para ampliar detalles. Que retiren mientras el cadáver de Pierco.

Se alejó en dirección a Phoenix. Con una idea fija en su mente.

El «Powder-Bar» se hallaba en los suburbios de la capital de Arizona. En la Saltón Street, una de las calles de peor fama en los suburbios.

Kit se adentró en el local. Un verdadero nido de hampones y prostitutas. Ellos y ellas constituían la clientela habitual del «Powder».

Avanzó hasta el mostrador.

Pierco parecía haber sido también un cliente inveterado del infecto tugurio. Compaginaba perfectamente en aquel ambiente. Pero Pierco había muerto y él desconocía las amistades del hampón. Y no iba a sacar nada en limpio preguntando a nadie. Aquellos hombres, cualquiera de ellos, se dejarían cortar la lengua antes que colaborar con un agente federal.

Kit se inmovilizó de pronto, cuando se disponía a beber su *whisky* de maíz.

Su mirada se posó, hipnóticamente fija, en un individuo que acababa de emerger por una puertecilla situada en un extremo del mostrador. Un individuo alto, vistiendo un traje impecable. Un individuo guapo, con un bigotito recortado y un lunar en su mejilla derecha, casi junto a la oreja.

El hombre cambió una broma con los jugadores que ocupaban una mesa.

Luego, al volverse, su mirada tropezó con la del agente.

La sostuvo durante breves instantes, al cabo de los cuales la soslayó, sin traslucir sus impresiones.

Kit apuró su *whisky* de un trago.

El individuo habló durante unos minutos con dos muchachas de aspecto provocativo, que rieron con fuerza sus palabras. Luego, se encaminó a la escalera que se iniciaba en un extremo de la sala, y desapareció de su vista.

Kit se acarició el mentón.

Seguro que estaba sobre la buena pista. Pierco, un asiduo cliente del «Powder-Bar», había intentado raptar a Bonnie y asesinado al abogado Topper Storm para apoderarse del sobre lacrado de la muchacha que él guardaba en depósito. Y el hombre que coincidía con las señas del raptor de la joven, estaba también allí.

Pagó, encaminándose hacia la escalera.

Esta conducía directamente a un pasillo, flanqueado de puertas. Los reservados del «Powder-Bar». En el interior de cada uno de ellos, un ambiente al rojo vivo. De ellos salían, amortiguados, ruido de vasos y carcajadas femeninas.

El pasillo se bifurcaba a la derecha, al fondo, y conducía rectamente al despacho del dueño del «Powder». Una puerta vidriera, de cristales pintados de blanco. Sobre ellos, un rótulo:

«Robert Wren. Privátele».

Kit se encaminó allí sin la menor vacilación.

Golpeó los cristales con los nudillos.

—Adelante.

Entró.

El hombre del lunar y el bigotito, Robert Wren, se hallaba ante una mesa de escritorio, hojeando unos papeles.

Kit avanzó hasta el mismo borde de la mesa.

—¿Qué desea? —inquirió Robert.

—Gozar un poco de su agradable compañía, Wren —respondió irónico.

El otro se encogió levemente de hombros.

—Como guste. ¿Quiere sentarse?

—No, Wren. No es aquí donde usted y yo vamos a hablar. Eso lo haremos en mi coche.

—¿En su coche?

—Sí. Mientras recorremos la distancia que hay del «Powder-Bar» a la Seccional del F.B.I. Luego continuaremos charlando allí. Porque son muchas las cosas de las que usted y yo tenemos que hablar. De Bonnie French y también de Mary Osborne.

Desapareció la sonrisa de los labios de Wren. Y volvió a aparecer un instante después. Pero era otra sonrisa distinta a la anterior. Una sonrisa dura, de sarcástica provocación.

—¿Cómo ha sabido lo de Mary Osborne? —inquirió de pronto.

—Es muy fácil.

—Obi Lang y su esposa se tragaron el cebo.

—Desde luego. Pero hay peces que no pican ni con hormigas de alas.

—Y usted es uno de ellos —rió Wren.

—Exacto. No tuvieron en cuenta sus ojos, sus dientes de oro ni su lunar del cuello. Era lógico suponer que ni Obi ni Sara iban a reparar en esos detalles. Bien. Levántese, Wren. Tiene que venir conmigo.

Wren denegó riendo.

—Nada de eso, federal. No voy a ir con usted. No me gusta su compañía.

—No me obligue a emplear la fuerza, Wren.

—¿De veras cree que podría emplear la fuerza conmigo, federal?

Kit fue a hacerle una demostración. Pero le contuvo el contacto de algo duro que le oprimió de pronto los riñones.

—Levante las zarpas, hermano —masculló una voz a sus espaldas.

Obedeció.

El arma dejó de oprimirle de pronto. Y antes que pudiese hacer nada por impedirlo, la culata de una pistola se abatió sobre su cabeza, sumiéndole en un mar de intensas negruras.

Cuando despertó, se encontró atado de pies y manos, imposibilitado para ejercer el menor movimiento con sus miembros.

Se hallaba sobre el suelo de un pequeño garaje. Un fuerte olor a gasolina, a grasa y a goma quemada lo invadía todo.

A su derecha, un «Roadster» negro, de potente motor. A su izquierda, un ataúd de mimbre, destapado. Y cuatro hombres. Uno de ellos, Robert Wren, el dueño del «Powder-Bar».

—El angelito ha despertado, Wren —comentó uno de ellos.

Wren se acercó al joven y le aplicó un puntapié en la cara.

—Por fin te has salido con la tuya de acompañarme en un coche, federal —comentó irónico—. Pero para ti va a ser éste un viaje de ida sin vuelta. Amordázalo, Tinker.

El llamado Tinker le introdujo un trapo en la boca, sujetándolo con un pañuelo fuertemente anudado en su nuca.

Luego, entre dos hombres, lo metieron en el ataúd y cerraron la tapa.

La tapa tenía una rejilla que permitía la renovación de la atmósfera en su interior.

Colocaron la caja en el techo del vehículo, que se puso en movimiento poco después.

Kit había perdido la noción del tiempo.

A través de la rejilla pudo vislumbrar retazos de un cielo tachonado de estrellas. Imperaba, pues, la noche, y no era lógico que hubiese permanecido inconsciente durante veinticuatro horas. Quizá fueran las tres o más de la madrugada.

El coche cruzó frente a la Seccional del F.B.I. Wren lo quiso así, como una especie de desafío a la poderosa organización policíaca.

Dejaron atrás Phoenix, el valle del Salt River y unos cuantos ranchos da recreo.

El coche torció por un camino vecinal, de tierra, y se detuvo en

un granero situado a escasas yardas del camino.

Bajaron el ataúd y lo introdujeron en el granero.

Wren cerró la puerta corredera e instaló en la pared un potente foco de bolsillo. Entonces sacaron al agente de su encierro.

Wren cortó sus ligaduras y le libró de la mordaza.

—Levántate, federal.

Kit se incorporó.

—¿Quién te puso sobre la pista del «Powder-Bar»? —inquirió.

El agente le envolvió en una mirada despectiva.

—Me lo dijo un pajarito.

—¿Cómo se llama ese pajarito?

—José Carioca.

Wren le golpeó el mentón con el puño, lanzándolo de espaldas al suelo.

—Contesta. ¿Qué sabe el inspector Marsh referente al «Powder»?

—Será mejor que se lo preguntes a él.

El tacón de Wren arrancó dos chorros de sangre a sus cavidades nasales.

—Contesta, federal.

—No pienso hacerlo. Puedes golpearme hasta matarme, como hiciste con Mary Osborne. Pero no me arrancarás una sola palabra. El F.B.I., te pedirá cuentas por esto. Te pasará una factura muy extensa. Y la pagarás con la muerte a manos del verdugo. Bonita perspectiva, ¿verdad, Wren?

—La tuya es menos halagüeña, federal. Estás infinitamente más cerca de la muerte que yo.

Hizo una seña a sus hombres, que se apresuraron a obligar a Kit a levantarse.

Uno de ellos le aplicó un puñetazo en el estómago. Y cuando el joven se doblaba en dos impelido por el golpe, una terrible patada en el trasero lo envió de bruces al suelo.

Volvieron a ponerlo en pie.

Un golpe lo proyectó hacia atrás, dando traspiés. Un segundo golpe lo lanzó hacia delante y un tercero lo abatió de nuevo al suelo, agrietando sus labios.

Después, llovieron sobre él golpes de puños y patadas, magullando su cuerpo de pies a cabeza.

Hasta que Wren ordenó cesar el castigo.

Se agachó sobre él, que jadeaba ruidosamente.

—¿Quieres ahorrarte la segunda parte del programa? —pronunció en tono cáustico—. Puedes hacerlo contestando a mis preguntas.

Las ideas se sucedieron rápidas en la mente de Kit. Y obró en consecuencia respecto a su visita al «Powder-Bar». Pero si lo confesaba así, Wren levantaría el vuelo y las pesquisas del inspector se estrellarían contra un muro de granito. Algo que había que evitar a toda costa.

—El inspector Marsh no sabe nada —replicó—. Ha sido cosa exclusivamente mía. Le obligué a cantar a un confidente habitual. El hombre sólo pudo decirme que Jim Pierco era cliente del «Powder». He andado tras las huellas de Jim Pierco y acudí al bar sin consultar con nadie.

—Bien. Podíamos habernos ahorrado este paseo —comentó, irguiéndose—. De haber sabido que el inspector no estaba al corriente de tu visita al «Powder», podíamos haberte liquidado allí mismo. Bien. Vamos con él, muchachos.

Volvieron a meterlo en el ataúd y dejaron caer la tapa, sin echar el pestillo. Luego salieron al exterior portando el ataúd entre cuatro hombres, en dirección a un campo árido, poblado de pequeños cactus y de mezquites.

Los hombres se inmovilizaron al percibir de pronto, cercano, el gemido de un motor de automóvil lanzado a gran velocidad.

El vehículo, con los faros apagados, apareció como una masa oscura, amorfa, rodando en dirección al grupo.

Se encendieron súbitamente sus potentes focos, cegándolos con su luz.

El coche atravesó la cuneta con sendos crujidos de su carrocería y se dirigió rectamente a ellos a toda velocidad.

Wren profirió un grito de aviso.

Sonaron horrendas maldiciones.

Los hombres soltaron el ataúd y trataron de ponerse a salvo, cuando ya tenían al vehículo materialmente encima.

El misterioso conductor hizo un brusco viraje para eludir el cuerpo de Kit Beable, que había rodado sobre la raquítica hierba.

Se produjo un sonido mate, horripilante, cuando el vehículo entró en colisión con uno de los forajidos.

Un grito infrahumano se elevó.

El cuerpo rebotó hacia adelante con la desarticulación de un muñeco de trape.

Después, las ballestas emitieron un quejido al pasar una de las ruedas delanteras sobre el caído cuerpo.

El coche aminoró su velocidad. Giró bruscamente y enfiló nuevamente el morro hacia el cercano camino.

Kit se incorporó penosamente. Desorientado por los últimos acontecimientos.

Se abrió la portezuela delantera del automóvil.

La invitación era demasiado clara y el agente no vaciló. Saltó al interior del coche y se dejó caer en el asiento.

El vehículo aumentó entonces su velocidad. Al tiempo que empezaban a crepitar las armas de los forajidos.

Las balas repiquetearon en la carrocería y rompiendo uno de los cristales traseros. Pero aquello no bastó para contenerlo y desapareció en breve plazo de su vista.

Kit miró de soslayo la silueta de su salvador.

Éste dio las luces interiores y le dirigió una sonrisa.

Hal French. El padre de Bonnie acababa de sacarle literalmente del ataúd.

—¿Cómo se le ocurrió esta genial idea? —preguntó.

—Llamé al inspector para comunicarle lo que usted me dijo. Luego, empecé a darle vueltas a la cabeza. No haciéndola girar sobre el cuello. Ya me entiende usted. El «Powder» es un verdadero nido de hampones. Yo conozco bien aquello. Hubo una temporada en que fui uno de sus clientes más asiduos. A raíz de mi divorcio con Sara. Hasta que Bonnie, poco a poco, me volvió a la razón y me sacó de ese ambiente. Pensé que usted se encontraría allí como el pez fuera del agua. A pesar de su profesión. Usted sabe cómo actúa el hampa, pero desconoce su modo íntimo de vivir. Sus pensamientos ocultos y el rincón de su vida íntima. Conque decidí acudir al «Powder» y echarle una mano. Todavía conservo allí buenos amigos. Por ellos supe que usted había entrado al «Powder», pero no había salido de él. Eso me hizo sospechar la verdad de lo ocurrido. Pensé avisar al inspector Marsh. Pero luego desistí de ello. Todo podía ser una falsa alarma. De modo que me limité a montar la guardia. Conozco el paso que une el bar con el garaje del dueño.

Y supuse que, de no salir por su propio pie, habría de ser por allí por donde Robert Wren lo sacaría. En cuanto vi el ataúd comprendí lo que significaba. Pero ya era tarde para ponerme en contacto con el inspector. De forma que me lancé tras el coche, a una distancia prudencial para evitar que sospechasen algo. Aparqué a bastante distancia del cobertizo y estuve junto a la puerta mientras esos salvajes le apaleaban. Confieso que fue para mí una grata sorpresa saber que estaba vivo usted. Porque la vista del ataúd me había hecho temer lo peor. No llevo armas encima y no me atreví a intervenir. Y cuando Wren dijo lo de que había llegado la muerte para usted, se me ocurrió la idea de embestirles con el coche. Al final, todo ha salido bastante bien.

—¿Bastante bien? Es usted muy modesto, Hal. Todo ha salido extraordinariamente bien. Ha sido usted para mí como el ángel de la guarda. ¿Se imagina lo que siente uno viéndose ya metido en el ataúd que ha de servirle de morada hasta que las trompetas llamen al Juicio Final?

—Me hago una idea, federal —respondió con triste sonrisa—. Pero he matado a un hombre. Una experiencia nueva y terrible para mí.

—No piense en ello. Ha aplastado usted a una serpiente de cascabel. Eso se ajusta más a la verdad.

—Es posible que tenga razón.

—La tengo. Hal. Toda la responsabilidad corre de cuenta mía, si eso le tranquiliza.

Kit estuvo en la Seccional el tiempo justo para redactar un informe con destino al inspector Marsh.

Luego, tras una buena ducha y una cura elemental de aquellas partes donde los puños habían hecho brecha, Kit Beale se entregó a un descanso, que le estaba haciendo mucha falta.

VI

EL agente acudió a media mañana a la Seccional.

Sentíase otro hombre después de esas horas de descanso, pero la paliza había dejado sus huellas en un entumecimiento general de sus músculos.

Él inspector le dio las últimas noticias. El «Powder» había sido registrado por los agentes del F.B.I., así como el garaje anexo al mismo. El registro había facilitado pruebas suficientes para condenar a Robert Wren a un montón de años de presidio por impulsar la prostitución y otras lindezas por el estilo.

Nada de Bonnie French y del asunto terrible que intuían tras la desaparición de la muchacha.

Habían recogido el cadáver del forajido muerto por el coche de Hal y el ataúd de mimbre. Nada más. Ni rastro de Robert Wren y los otros satélites que le acompañaban.

El día transcurrió lento, monótono, sin nuevas noticias de la muchacha. Todas las fuerzas de la Ley permanecían en estado de alerta, pero condenadas al mismo tiempo a una forzada inacción.

Al caer la noche, Kit se retiró a su apartamento. Con una vaga idea fluctuando en su subconsciente. Algo que pugnaba por exteriorizarse, por formar una idea sólida, pero sin acabar de concretarse en su cerebro. Algo que podía ponerle en el camino recto hacia la solución del enigma. Detalles sueltos, que habían pasado inadvertidos, y ahora, fragmentados en un rincón oculto de su mente, precisaban de un último golpe, el espaldarazo definitivo, para formar un todo, una estructura completa y no una silueta amorfa.

Enfiló la Trall Street y situó el «Chevrolet» en el aparcamiento habitual.

Subió a su apartamento.

Permaneció largas horas en el «*hall*», en mangas de camisa. Bebiendo a pequeños sorbos un vaso de *whisky* y fumando continuamente. Tratando de poner en orden el caos de ideas que imperaba en su cerebro.

Creía tener la solución al alcance de la mano. Pero fallaba algo.

Y permaneció así, ajeno a la conspiración que se tramaba contra él. Ajeno a la sentencia de muerte que un cerebro del hampa había dictado contra él. Había ido demasiado lejos. Había profundizado demasiado en el asunto. Un asunto turbio, con un mar de fondo viscoso, repugnante.

De pronto sintió un suave roce en la puerta de su apartamento.

Consultó su reloj de pulsera.

Las tres y veinte minutos de la madrugada.

Apagó la luz y se aproximó a la entrada, empuñando la pistola.

Pegó el oído a la hoja.

Alguien manipulaba hábilmente en la cerradura.

La llave, encajada por dentro, giraba suavemente.

Echó el cerrojo de seguridad, con lentos movimientos. De forma que el intruso no se apercibiese de la maniobra.

Atisbó por la mirilla.

Tres hombres. Tres hampones.

Se retiró al «*hall*» y descolgó el teléfono.

La casa contaba con una centralilla, instalada en la planta baja del edificio.

Accionó la palanca.

—Central —susurró—. Deme línea al exterior, por favor.

—Lo siento —replicó la voz de la telefonista—. Hay avería, señor. Imposible comunicar al exterior.

Nada más.

Insistió, pero obtuvo el silencio por respuesta.

Sonrió en la oscuridad. Pero era la suya una sonrisa helada, escalofriante.

Se hizo rápidamente cargo de la situación. Aquellas hombres iban a por él. A completar lo que Wren no había podido llevar a cabo. Y se hallaba completamente solo ante el peligro.

Se imaginó a un «gángster» pistola en mano, amenazando a la telefonista. No había comunicación al exterior. No podía recabar la

ayuda del inspector Marsh. Ni la de nadie. Y no se trataba sólo de aquellos tres hombres. Aquellos tres hombres que trataban de sorprenderle, juzgándole dormido. Habría más. En la calle, con seguridad. Hombres al acecho, dispuestos a acribillarlo tan pronto lo tuviesen al alcance de sus armas.

Se aproximó a la ventana.

El proyectil silbó junio a su cara, rompiendo el cristal, cuyos trozos tintinearón en el suelo.

Un rifle provisto de silenciador y punto de mira telescópico.

Retrocedió.

Los hombres que manipulaban en la puerta habían conseguido su objetivo. El cerrojo de seguridad era el único freno de continuación por el momento.

Kit se aproximó a la puerta. Encorajinado.

Era posible que aquellos hombres se saliesen con la suya. Pero él no iba a irse solo. Algunos de ellos le acompañarían en su largo viaje a la eternidad.

Aplicó el cañón de la pistola a la delgada hoja y disparó dos veces.

Afuera resonó un grito ronco, como un estertor.

Se retiró al «*hall*». Rápidamente.

La hoja se astilló por varias partes y los proyectiles atravesaron los sillones y desconcharon la pared del fondo.

Volvió a la ventana y atisbo la calle, oculto junto a la pared.

Asomó la mano armada y disparó tres veces al aire. Eso atraería la atención del vigilante nocturno. De esa forma se promovería la alarma.

Hecho esto, se adentró en el lavabo. La ventana del mismo daba a un patio interior, lo cual le colocaba fuera del campo visual del tirador apostado en la casa fronteriza.

Se encaramó al alféizar y dejó deslizar sus piernas hacia afuera.

El canalón de desagüe estaba instalado junto a la ventana. Si resistía su peso podía intentar sorprender por la espalda a sus adversarios. En case contrario... Bien; eran los inconvenientes de no poder habitar un apartamento de la primera planta.

El canalón gimió levemente, pero aguantó bien.

Se deslizó por él, hasta dos plantas más abajo. Aquella ventana estaba abierta. Y era en realidad lo que estaba buscando.

Se afianzó en el alféizar y se dispuso a pasar al interior.

Se abrió la puerta del lavabo de súbito y apareció en el vano una mujer. Una mujer que rondaba la cuarentena, de ampulosas formas y bellas facciones, que el paso de los años empezaba a marchitar.

La mujer dejó escapar un leve grito, cubriendo su boca con el dorso de la mano.

—Por favor, señorita —pronunció en tono persuasivo—. No se asuste. Y no me confunda con un vulgar ladrón. Es todo lo contrario.

Mientras hablaba, se dejó caer adentro.

Enseñó su placa a la mujer, que pareció tranquilizarse.

—Asunto oficial. Lamento de veras haberme visto obligado a entrar de esta manera. ¿La he asustado?

Ella denegó con una sonrisa de coquetería.

—Fue solo un instante —respondió con voz melodiosa—. Ahora ya estoy tranquila del todo.

—¿Y su esposo?

—Soltera.

—¡Imposible! ¿Estén locos o ciegos los hombres de Phoenix?

La mujer soltó el frente de la bata que retenía entre sus manos, de forma que ésta se abrió, dejando al descubierto una parte de sus prendas más íntimas.

Kit torció el gesto.

Se encaminó lentamente a la salida del apartamento. Prefería enfrentarse a los pandilleros que esperaban afuera, antes que afrontar la experiencia de aquella mujer.

Ella avanzó tras el agente.

Kit giró la llave y descorrió el cerrojo. Antes de salir se volvió a la mujer.

—Deséeme suerte, guapa.

Ella se le acercó hasta una distancia demasiado peligrosa.

—Suerte, federal —susurró.

El agente se encogió resignadamente de hombros. Después, la besó.

Salió al descansillo de pronto, cuando ella aún no había abierto los ojos.

Volvió a cerrar y dejó escapar un suspiro de alivio. Había conocido alguna mujer como aquélla. Y resultaba mucho más

económico un apartamento de la primera planta.

El descansillo estaba desierto.

Ascendió pausadamente las escaleras. Con paso sigiloso.

El siguiente rellano también estaba desierto.

Prosiguió su ascensión.

Junto a la puerta de su apartamento, abierta, yacía un hombre sobre un charco de su propia sangre. El «gángster» abatido por sus balazos a través de la hoja de la puerta. Sus dos compañeros debían encontrarse en su apartamento.

De repente se abrió la puerta del apartamento situado al fondo del corredor. Una mujer apareció en el vano. Una rubia despampanante. Tras ella, un sujeto de gran estatura.

La rubia reparó de súbito en el ensangrentado cadáver.

Chilló. Un grito histérico, de terror desbordante. Al mismo tiempo, retrocedió.

Apareció uno de los pandilleros en la puerta del apartamento de Kit. Llameantes los ojos de ira.

Disparó contra la pareja su pistola provista de silenciador.

La rubia llevó sus manos al pecho, donde los plomos habían mordido carne.

Su acompañante se abrazó a ella, también con un gesto de dolor. La bala había partido su clavícula, produciéndole un intenso dolor.

Cayeron juntos.

Kit sintió que algo se rompía dentro de él, ante la brutal agresión. El freno que contenía sus impulsos saltó en pedazos. Aquello que le lanzaba a una lucha ciega por la Ley, excluyendo la venganza y la cólera de sus sentimientos.

Disparó contra el pandillero. Una sola vez.

El hombre se irguió hacia atrás. Luego cayó con ese curioso ademán que acompaña a una herida mortal.

Su cuerpo quedó cruzado sobre el de su compañero. Y el charco de sangre del suelo comenzó a agrandarse paulatinamente.

Corrió a la puerta del apartamento.

El pandillero superviviente habíase apercebido de la muerte de su compañero.

Cuando Kit entró en el «hall» como un torbellino, el otro se hallaba ya en el balconcillo de la escalerilla para incendios.

Kit se arrojó tras un sillón al verse encañonado.

El arma emitió un seco «sput», como la tos de un asmático.

Kit se arrastró, buscando la oportunidad de colocar sus disparos.

Le vio de pronto erguirse en toda su estatura.

A continuación elevó los brazos y se desplomó con un ronco estertor.

Kit comprendió lo sucedido. El hombre había sido abatido por sus propios compañeros. El tirador apostado en la casa fronteriza debía haberlo confundido con el agente a causa de la oscuridad. Quizá porque concedió todas las ventajas a sus compañeros, imaginando que sólo Kit Beale podía huir de aquella trampa mortal.

Retomó al descansillo.

La rubia había perdido el conocimiento, pero su respiración era casi normal. El proyectil no parecía haber perforado ningún órgano vital.

El hombre conservaba los sentidos. Su rostro se contraía en un rictus de intenso dolor.

—¿Cómo va eso, compañero? —interrogó el joven.

El herido intentó una sonrisa.

—Duele mucho, ¿sabe?

—Aguantе un poco. El edificio está incomunicado con el exterior. Voy abajo. Dentro de poco tendremos aquí una ambulancia.

—¿Y Lucy?

—No creo que la herida sea grave. Saldrá de ésta, por supuesto.

Algunas puertas se entreabrieron lentamente y asomaron rostros de ojos soñolientos y expresión asustada.

—Por favor, señores —habló el joven, incorporándose—. Hay aquí dos heridos. Háganse cargo de ellos.

Se lanzó escaleras abajo. Cuando ya varios hombres salían al rellano con cierta timidez, pero dispuestos a atender a los heridos.

Kit se hallaba por la quinta planta en el momento en que se elevó el erizante aullido de las sirenas de los coches policíacos. Sus disparos hechos al aire habían promovido la alarma.

Aceleró su velocidad.

Los pandilleros apostados en las casas fronterizas se darían a la fuga a la llegada de la Policía. Y Kit sentía la necesidad imperiosa de atrapar a alguno de ellos. El hombre que amenazaba a la telefonista de la centralilla. Ése era el más asequible para él.

La sirena volvió a elevar su penetrante voz, esta vez mucho más cerca.

Oyó los pasos del pandillero, abajo. El hombre, alarmado, dando por frustrado el plan, abandonaba su puesto y buscaba su salvación en la huida.

Cuando Kit alcanzó el rellano de la primera planta, el otro se precipitaba hacia la puerta, corriendo a través del vestíbulo.

El federal disparó sobre él.

El otro se volvió y respondió al fuego del agente.

Kit se parapetó en la esquina del pasillo. Luego volvió a correr al cerciorarse que el forajido desaparecía al otro lado del amplio portal.

Cuando llegó a la calle, el pandillero trataba de subir a un coche en marcha.

El federal disparó sin vacilar. A las piernas.

Herido en el muslo, el pandillero cayó sobre la acera con un grito de dolor y rabia.

El coche arrancó a gran velocidad, abandonándolo.

Kit intentó correr hacia él.

Se contuvo al ver aparecer por la ventanilla trasera el cañón de un ametrallador. Una ráfaga corta, una breve pausa, y otra vez el tableteo, más prolongado ahora.

El herido se contorsionó de un modo extraño en el suelo al recibir los impactos.

Al fin el coche desapareció en una próxima calle transversal.

Kit se arrodilló junto al herido.

El hombre estaba viviendo los últimos instantes de su existencia.

—¿Dónde se oculta Wren? —inquirió.

El otro le envolvió en una mirada despectiva.

—No seas imbécil —murmuró el joven—. Tus compañeros te han acribillado, cuando podían haberte ayudado a ponerte a salvo. ¿Te das cuenta? Te han juzgado un inútil y te matan para que no puedas hablar. Pero tú puedes vengarte ahora de ellos. ¿Dónde está Wren?

El rostro del pandillero habíase transformado en una máscara de odio a medida que Kit hablaba.

—¡Esos cerdos! —pronunció con un esfuerzo.

Los coches policíacos enfilaron la Trail Street a gran velocidad.

Dos coches patrulleros. Tras ellos, una ambulancia.

—Wren... está... en la... Pensión Tex... Texana —susurró.

El «*sheriff*» se apeó de uno de los coches y corrió hacia ellos, acompañado de varios policías de uniforme.

Cuando llegaron junto al joven, el pandillero había terminado.

Kit cerró sus ojos y se incorporó.

—¡Diablos, Beale! —exclamó el comisario—. ¿Qué ha ocurrido aquí? El policía de servicio oyó disparos y se apresuró a dar la alarma. ¿Un atraco?

—Nada de eso. Han intentado acabar conmigo. Este desgraciado y varios compañeros más. Arriba, en la última planta, hay dos fiambres y dos heridos. Los heridos, un hombre y una joven, víctimas inocentes de estos criminales. Llévelos al Hospital. Y cerciórese de cómo está la telefonista. Es posible que le hayan atizado algún golpe. De todas formas necesitará un calmante para los nervios. Encárguese de todo eso, «*sheriff*». Yo tengo un trabajo importante que realizar ahora.

Corrió a su viejo «Chevrolet» y segundos después se alejaba a toda velocidad, hacia la Houston Street, donde se hallaba la Pensión Texana. Una pensión de pésima categoría, situada en un barrio donde la propia Policía no se atrevía a aventurarse si no era en patrulla.

Kit frenó el vehículo en una calleja transversal, muy próxima a la pensión.

Dejándolo allí se exponía a que se le llevasen hasta las ruedas. Pero eso carecía de importancia ante el hecho de poder encontrar a Robert Wren. El dueño del «Powder» había reconocido su participación en la muerte de Mary Osborne y no podía ignorar el paradero de Bonnie French. Y eso era algo que importaba ya al joven más que su propia vida.

La calle Hoston era estrecha, plagada de *cabarets* y de prostíbulos.

La Pensión Texana, de cuatro plantas, presentaba un aspecto sombrío a la pálida luz de los faroles. La fachada, sin otros adornos que los desconchados que ponían al descubierto grandes bloques de ladrillos, ofrecía un deprimente espectáculo. Pero no desentonaba con el resto de las edificaciones que la rodeaban.

Kit se adentró en el «*hall*».

Un fuerte olor le asaltó. A suciedad, a orines.

El dueño del tugurio dormitaba en un camastro, al otro lado del mugriento mostrador.

Kit lo sacudió por un hombro.

El hombre, barbudo, de espeso cabello desgredado y sucio, se restregó los ojos.

—¿Qué diablos quieres, bergante? —masculló—. Está todo ocupado.

—No lo está, granuja —respondió calmosamente—. En la cárcel de Phoenix hay mucho sitio libre para ti y otros muchos como tú.

Le puso la placa junto a sus narices.

—Un federal —susurró el hombre.

—Sí, un federal. ¿Cómo te llamas?

—Chandler.

—Bien. Acompañame a la habitación de Robert Wren.

—¿Robert Wren? ¿Quién es ese hombre? No conozco a nadie que se llame así.

—Lo conoces, Chandler. Vamos; levántate y camina. No tengo tiempo que perder y no quiero promover un alboroto.

—Le digo que no conozco a ese hombre.

Kit le obligó a incorporarse, tirando de la pechera de su camisa. La prenda subió hacia arriba al mismo tiempo que su cuerpo, dejando al descubierto su abultada barriga.

Kit empuñó su automática y aplicó la boca del cañón al ombligo de Chandler.

—Adelante, Chandler —masculló sordamente—. Voy a dejar transcurrir treinta segundos. Pasados éstos, dispararé.

—No lo hará —balbució, asustado por el frío contacto del metal en su piel—. No se atreverá. No puede hacerlo.

—Lo haré. ¿Por qué no voy a atreverme? ¿Quién va a impedirme que lo haga?

—Pero usted es un agente federal.

—Y usted se está oponiendo a las fuerzas de la Ley. Han transcurrido doce segundos.

El adiposo rostro de Chandler se cubrió de sudor.

—Esto es un «bluff» —tartajeó—. Si dispara, le procesarán.

—Ni lo sueñes, gordito. Eres un encubridor. Yo lo demostraré. Has ofrecido resistencia y yo no he tenido más remedio que

disparar contra ti. Es posible que me feliciten incluso por haberle hecho. Y faltan cuatro segundos.

Crispó el índice sobre el gatillo.

—Espere —exclamó el gordo—. No conozco a Robert Wren, pero quizá pueda ayudarle. Debe ser el huésped nuevo. Quizá sea ese hombre, inscrito con nombre supuesto.

—Eres un embustero de grueso calibre, Chandler. Tú sabes que ese hombre es Robert Wren. Lo conoces de mucho tiempo atrás. Vamos, condúceme a su habitación. Vas a llamarle tú y a decirle que tienes noticias para él. Lo que se te ocurra. Pero sin hacer ni decir nada que pueda resultarle sospechoso. Porque entonces probarás el sabor del plomo.

Subieron la escalera, mal alumbrada por las pequeñas bombillas de los rellanos.

Chandler se detuvo junto a la tercera puerta de la segunda planta.

Vaciló. Pero la presión del arma le obligó a decidirse.

Golpeó con los nudillos.

Una voz respondió inmediatamente a la llamada. La voz de Robert Wren.

—¿Quién?

—Chandler.

—¿Qué diablos quieres a estas horas? —barbotó Wren.

—Abre y te lo diré. Es algo muy importante.

Kit se ocultó tras el voluminoso cuerpo de Chandler.

Se abrió la puerta.

La figura de Wren, en mangas de camisa, se siluetó en el vano. Un Wren que había perdido su elegancia y su serenidad habitual.

El federal empujó a Chandler con todas sus fuerzas, proyectándole contra el dueño del «Powder-Bar».

Los dos hombres fueron hasta el centro del cuartucho, haciendo esfuerzos inauditos para conservar la estabilidad.

Kit entró, cerrando la puerta tras de sí. Permaneció de espaldas a ella, encañonándoles con su arma.

—Bien, mi dilecto amigo Robert Wren —susurró sarcástico—. Es un gran placer el poder gozar nuevamente de su grata compañía. Yo he venido sin ataúd. Siento no haber podido corresponder a su atención con otro regalo similar al suyo. Pero no pasará mucho

tiempo sin que se lo haya proporcionado.

Wren permaneció inmóvil en el centro de la estancia. Estaba nervioso, deprimido el ánimo, y no trataba de disimularlo. El federal había escapado a todas las asechanzas. Y estaba allí ahora, dominando claramente la situación. Una mueca de la suerte.

El suelo de la habitación estaba sembrado de colillas. La atmósfera apestaba a humo de tabaco.

Kit les hizo un ademán con la cabeza.

—Aproxímese, Wren, y extienda los brazos.

El otro obedeció sin rechistar.

Cuando las esposas se cerraron en torno a sus muñecas, Wren abatió la cabeza. Todo estaba consumado para él. Valía para dirigir un negocio como el «Powder», incluso para perpetrar el asesinato más repugnante. Pero no era un hombre de lucha. Todo estaba consumado para él.

Minutos más tarde. Kit detenía su coche frente a la Seccional.

El federal condujo a Wren hasta una habitación sobriamente amueblada. Una vieja mesa de escritorio y tres sillas. Pendiendo del techo, una bombilla de leve tinte rojizo.

Le quitó las esposas y le señaló una silla.

—Siéntese, Wren, y conteste a todas mis preguntas. No hay escape para usted. Lo sabe. Una confesión espontánea puede librarle de las manos del verdugo. A cambio, largos años de prisión. Lo sabemos los dos. Usted y yo. Pero las cárceles americanas no son malas del todo. Cine, televisión... Infinitamente más confortables que ocupar una tumba en un cementerio cualquiera. Piense lo que es morir de esa manera. La angustia de conocer el día, la hora, casi el minuto exacto en que va a traspasar la barrera de la eternidad. Noches sin dormir. Después, la rigidez, el martirio de la comitiva que le lleva a cumplir la pena de muerte. El director de la prisión, los policías, el sacerdote murmurando sus oraciones... Luego, el verdugo, con su capucha que acuita el rostro ante sus ojos.

—¡Calle! —le atajó Wren, que sudaba copiosamente.

Estaba derrotado, y Kit lo sabía. Pero era necesario desquiciarlo más aún su sistema nervioso para arrancarle lo que necesitaba saber.

Le ofreció un cigarrillo.

Wren chupó con fruición.

—¿Dónde se encuentra Bonnie French?

Le miró a los ojos, denegando lentamente con la cabeza.

—Lo ignoro, Kit. El jefe se hizo cargo de ella.

—¿Qué jefe?

—El que dirige el tráfico de mujeres blancas, con destino a varios países suramericanos.

—Lo suponía. ¿Quién es el jefe?

Wren volvió a denegar.

—Lo desconozco.

—¿Cómo dicta sus órdenes?

Wren, por toda respuesta, sacó de un bolsillo del pantalón una pequeña caja de plástico. En su interior, una cinta magnetofónica.

—Usted raptó a Bonnie. ¿Dónde la condujo?

—Al mismo cobertizo donde lo llevamos a usted para liquidarlo. La dejamos allí atada y amordazada y nos largamos. El resto corrió de cuenta del jefe. Es todo cuanto sé del asunto.

—¿A quién pertenece el cobertizo?

—El terreno es propiedad de Obi Lang. Pero ese cobertizo está abandonado desde hace mucho tiempo.

—Bien; voy a encerrarle en el calabozo, Wren. El inspector Marsh vendrá dentro de unas horas. No tardará en amanecer. Dejaré una nota para él, por si no he regresado a su llegada. Y no olvide que, la sinceridad puede servirle de mucho, Wren. ¿Tomó parte en el asesinato de Mary Osborne?

—No. De eso se encargó Jim Pierco. Fue él quien nos lo comunicó. Parece que el jefe lo hizo así con objeto de poder descubrir ciertas declaraciones de Bonnie French, las cuales revelaban, al parecer, todo el funcionamiento de la organización.

—¿Cuál es ese funcionamiento?

—En cada ciudad de Arizona y parte de Nuevo México, existe un número de individuos dedicados a seducir muchachas jóvenes, bien mediante la droga u otro procedimiento análogo. Corrupción, chantaje... Cada cual trabaja con cierta independencia entre sí, incluso nos desconocemos unos a otros, pero todos bajo la dirección del mismo jefe. Un agente suyo se encarga de impartir órdenes y transmitir las noticias que puedan encerrar un interés positivo. Ese agente era Jim Pierco. Aparte de él, el jefe enviaba cintas magnetofónicas con sus órdenes inmediatas, aunque este

procedimiento sólo lo empleaba en casos de emergencia.

Kit procedió a colocar la cinta en un magnetofón.

Una voz, la voz del jefe de aquella monstruosa organización, brotó del altavoz. Una voz ligeramente alterada. La voz de un hombre que modulaba las palabras con un objeto blando introducido en su boca, a fin de desfigurar el timbre.

—«Wren; reúne a ocho de nuestros hombres. Dos vigilarán, con sendos rifles provistos de punto de mira telescópico, las fachadas anterior y posterior del edificio donde el agente federal Kit Beale tiene su apartamento. Uno se hará cargo de controlar la centralilla, en la planta baja, impidiendo todo contacto por teléfono con el exterior. Dos quedarán en el coche, afuera, preparados para arrancar una vez consumado el hecho, o proteger la retirada de los otros si las cosas se torcieran. Los tres restantes se presentarán en el apartamento del federal. El resto corre de cuenta vuestra. Elige a los más eficientes. Los silenciadores en las armas evitan ruidos alarmantes e innecesarios. Ese hombre es peligroso. Ha ido demasiado lejos. Es fácil que tenga ya la clave de todo. Si es así, nuestra organización saltará por los aires. Pero aún puede ser tiempo para evitar la catástrofe. La muerte de Kit Beale es nuestra única esperanza».

Nada más.

Kit paró el magnetofón.

Se irguió. Pensativo.

Las ideas dispersas en su subconsciente empezaron a tomar cuerpo de pronto. Habían recibido el espaldarazo final. Y éste se lo acababan de propinar las declaraciones de Robert Wren y la cinta magnetofónica.

El jefe había disimulado bien el timbre de su voz. Pero la forma de modular las palabras, su modo habitual de hablar, de dirigirse a las demás personas, persistía. Y eso lo había delatado. Ahora podía comprender Kit muchas cosas. Aquellos interrogantes, cuya respuesta le había estado vedada hasta entonces. Por qué habían raptado a Bonnie French. Por qué Mary Osborne había aparecido en las aguas del Gila, desfigurado el rostro y con las joyas de Bonnie. Y por qué Mary Osborne había sido sepultada en un nicho, en vez de ocupar un puesto en el panteón de Obi Lang. También por qué el asesino de Topper Storm había llegado antes que ellos al despacho

del abogado, apoderándose del sobre lacrado.

Todo estaba claro ahora para él. Pero faltaba un detalle muy importante. Reunir las pruebas necesarias para que un Jurado se atreviese a condenar al jefe de la organización. Poder demostrar sus crímenes ante todo el mundo. Para eso no bastaban ni sus deducciones ni aquella cinta magnetofónica. Hacía falta algo más. Y ese algo sólo podía lograrse de una forma.

VII

LA casa de Obi Lang era un edificio entramado y de ladrillo rojo. Parecía haber sido proyectado con el estilo Tudor, pero resultaba demasiado espacioso y carecía, en realidad, de pureza arquitectónica. Quedaba bien oculto desde la calle debido a la densidad de los arbustos que lo rodeaban. Hallábase, además, a distancia regular de la verja y poseía una avenida semicircular que conducía a la puerta del garaje.

Kit cruzó frente a la verja, aparcando varias casas más allá.

Se apeó y caminó por la acera con paso lento, pero decidido.

Faltaba una hora larga para el crepúsculo y la calle aparecía enteramente desierta, sumida en esa especie de sopor en que se sumergen las grandes ciudades unas horas antes de la llegada del nuevo día.

Saltó la verja sin dificultad. Luego avanzó a paso de lobo entre los arbustos, hacia la fachada lateral de la casa.

Atravesó el corredor que separaba ésta de la parte inferior del espacioso garaje.

La fachada posterior de la casa tenía una puerta que comunicaba directamente con los pequeños jardines del parque, un pequeño estanque y un cenador cubierto de enredaderas. Junto a la puerta, a la altura del suelo, una ventana rectangular, de madera, con los cristales rotos.

El talón de Aquiles de la casa de Obi Lang.

Kit abrió la ventana fácilmente y se dejó deslizar abajo.

Era por allí por donde introducían el carbón para la calefacción, y el agente fue a parar, por una rampa, a un montón del negro combustible.

Se incorporó con presteza.

El cuartucho, pequeño, comunicaba por una puertecilla con la calefacción.

Kit no tuvo contratiempos para vencer la resistencia de la sencilla cerradura.

El cuarto de la calefacción era amplio y la caldera grande y esmeradamente limpia. Una empinada escalera ponía en comunicación el cuarto con el resto de la casa.

Kit tuvo que luchar largos minutos con la cerradura de la sólida puerta de hierro. Al fin venció en la pelea y se adentró por un largo corredor, que se bifurcaba a su derecha.

El corredor desembocaba en un «*hall*» recargado de adornos y objetos de arte, cada uno de los cuales debía valer una pequeña fortuna.

Al fondo, la puerta del despacho de Obi Lang.

Y lo que él buscaba debía encontrarse allí. Era lógico que así fuese.

El despacho estaba amueblado y decorado por todo lo alto. Quizá con un lujo demasiado recargado. Inspiraba respeto, casi repulsión, en lugar de hacerse un sitio acogedor.

Tras del gran sillón, la puerta de una caja de caudales empotrada en la pared. A ambos lados, más altos, dos cuadros de tamaño mediano. Dos pinturas surrealistas. El colorido era bueno, agradable a la vista, pero los dibujos parecían trazados por una mano infantil, inexperta.

Kit soslayó la caja de caudales. Obi Lang no iba a ser tan ingenuo como para guardar sus secretos tan a la vista.

Descolgó uno de los cuadros.

Nada. La pared presentaba bajo él las mismas características que en el resto de la estancia. Una pared pintada de un modo original. El zócalo, gris.

Y desde el zócalo hasta el techo, grandes cuadros blancos y negros, como un gigantesco tablero de ajedrez.

Descolgó el otro, con idéntico resultado. Sin embargo...

Aproximó un sillón y se subió a él, estudiando detenidamente el trozo de pared que había quedado al descubierto.

La frente de Kit se frunció en diminutas arrugas.

Uno de los cuadros blancos era distinto a los demás. Mejor dicho, formaba una sección aparte del resto de la pared. Sus

uniones quedaban perfectamente disimuladas en los cuadros negros que lo rodeaban. Un detalle que sólo podía ser captado tras un minucioso reconocimiento.

Presionó sobre él.

El pequeño panel se abrió, dejando al descubierto la puerta de acero de una pequeña caja de caudales.

Kit trató de hallar la combinación. Pero desistió de ello tras varios intentos infructuosos.

Volvió a cerrar el panel y colgó el cuadro. Estaba seguro de que Obi Lang guardaba allí algo de suma importancia para él. De suma importancia para su seguridad.

Estudió la pared bajo el otro cuadro.

Movió el panel blanco del centro, que se abrió exactamente igual que el otro.

Un pequeño receptáculo. Y, al fondo, una palanca, como un interruptor.

Bajó la palanca. Oprimiendo con fuerza la culata de su pistola. Aquello podía promover la alarma. O quizá...

Percibió un suave ruido. Como un deslizamiento.

Una sección de la pared de la izquierda había desaparecido, descubriendo un compartimiento secreto.

Kit se encaminó decididamente a él.

Enfocó la linterna al interior de la negra abertura. Y se llevó la mayor sorpresa de su vida. Bonnie French estaba allí. Al fondo. Tumbada en el suelo, atada de pies y manos y amordazada.

La cavidad era relativamente pequeña. Justo la altura para permitir el paso de un hombre de regular estatura. Unas tres yardas de profundidad por otras tantas de anchura.

Guardó la pistola y se apresuró a cortar las cuerdas que inmovilizaban a la muchacha. Luego le quitó la mordaza.

La ayudó a ponerse en pie.

Se miraron breves instantes en silencio. Luego, empujados por un mismo impulso, se unieron en un estrecho abrazo.

—Bonnie —susurró él—. He pasado horas terribles temiendo no volver a verte jamás.

—¿Viste mi carta?

—Sí. Pero luego, al apoderarse esos hombres del sobre lacrado, tu vida había dejado de tener valor para ellos.

—Es cierto, Kit, querido. Mis horas estaban ya contadas. ¿Sabes quién dirige todo esto?

—Sí. Obi Lang. Una vez el inspector Marsh dijo que el origen de la fortuna de Obi no debía ser muy limpio. Acertó quizá sin querer. Pero se quedó corto en su comentario. La fortuna de Obi huele a corrompido.

—¿Cómo has llegado a descubrirlo, Kit?

—Pura deducción. Detalles, que nada significan sueltos. Al unirse, me han dado la clave del enigma. Gracias a la confesión de uno de sus hombres y a una cinta magnetofónica impresionada por Obi.

—¿Qué detalles, Kit?

—En primer lugar, el hecho de que Mary Osborne, la mujer asesinada para suplantarte después de muerta, fuese sepultada en un nicho. Obi posee un panteón fabuloso. Sin embargo, y pese a las protestas de afecto que pregonaba hacia la hija de su esposa, no quiso inaugurar con ella el panteón. ¿Por qué? Ahora sé que fue porque él no ignoraba que en realidad aquélla era una pobre muchacha totalmente ajena a su familia. El segundo detalle fue el asesinato del abogado Topper Storm y el robo del sobre lacrado. El asesino, Jim Pierco, llegó antes que nosotros. Obi sabía que existía ese sobre, pero desconocía a su poseedor. De otro modo no hubiese asesinado a Mary Osborne con tus joyas. No tenía razón de ser el que procediese así. Topper llamó a su casa en primer lugar. Era lógico que quisiera informarse bien de tu muerte antes de nada. Y nadie mejor que tu propia familia para eso. Era lo que Obi debía esperar. Seguro que el propio Jim aguardaba esa llamada. Y mientras Topper comunicaba con el inspector Marsh, Pierco se presentó a toda velocidad, le obligó a entregarle el sobre y lo mató. Si Topper no habló por teléfono aquella mañana con ninguna otra persona, y no lo hizo según declaración de su propia secretaria, sólo él podía haberse adelantado a la acción del F.B.I. Luego, cuando Robert Wren me dijo que te había conducido y dejado en un cobertizo perteneciente a Obi Lang, la sospecha de su culpabilidad me asaltó más fuerte que nunca. Y al escuchar una cinta magnetofónica, mediante la cual Obi comunicaba determinadas órdenes a Wren, la duda se disipó enteramente. Desfiguraba muy bien su voz, el timbre de su voz. Pero su tono era el mismo de

siempre. Soberbio, autoritario.

Salieron del despacho.

—¿Dónde está Obi Lang? —preguntó él.

—Arriba, supongo. En su dormitorio.

El la miró a los ojos con fijeza.

—Bonnie —murmuró.

—¿Qué, Kit?

—Tú descubriste las actividades de Obi. ¿Cómo fue eso?

Ella no contestó inmediatamente.

—Me siento un poco culpable de todo lo sucedido, Kit. Culpable de la muerte de esa pobre muchacha. De Mary Osborne. Si hubiese cumplido con mi deber desde el primer momento... Pero me dolía obrar así. Por mi madre, ¿comprendes, Kit? Ella es buena. Tiene un gran corazón. Y una gran vanidad. No ama a Obi. No podrá amarlo jamás. Continúa queriendo a Hal French como lo quiso desde un principio. Pero la pierde la vanidad. Y, Obi Lang es quizá el único hombre en este mundo que puede colmar ese gran defecto de su alma. Teatros, cenas de gala en *cabarets* de lujo, reuniones, fiestas de sociedad...

Era triste el tono de la muchacha. Y Kit le acarició la espalda.

—La Ley es inflexible, Bonnie. Pero los sentimientos también cuentan. Tú no podías prever los acontecimientos. Luego, ya fue demasiado tarde para intentar frenar su vertiginosa marcha. ¿Cómo lo descubriste, Bonnie? Aún no has respondido a esa pregunta.

—Todo fue fruto de la casualidad, Kit. Tú sabes lo que estaba sucediendo en Arizona y Nuevo México. Más de ochenta mujeres jóvenes desaparecidas durante los dos últimos años. Seis de ellas, bárbaramente asesinadas. Seis mujeres de posición. Adictas a los estupefacientes, pero que se negaron a plegarse a la voluntad de esos desalmados.

—Conozco el asunto, Bonnie. Nos ha traído muchos quebraderos de cabeza. Y muchas críticas acerbas de los muchachos de la prensa.

—A Obi no le gustaba que nadie le importunara cuando se encerraba en su despacho. En este despacho. Alegaba imperativos del negocio. Y nosotras lo creíamos así. Un día que visité a mi padre, Obi pronunció palabras calumniosas contra él. Mamá me lo dijo a mi regreso. Quizá pensando convencerme de que no debía volver a repetirlas. Pero aquello produjo en mí un efecto contrario.

Me indignó. Y decidí insolentarme con Obi y esclarecer mi posición en el futuro. Quizá una actitud pueril. Pero ya empezaban a cansarme las insolencias de ese hombre.

Hizo una breve pausa, prosiguiendo:

Oí hablar y pensé en una visita. Porque aquella voz ligeramente gangosa, no me pareció la suya. Escuché. Cosas terribles. Ordenes que él impresionaba en una cinta magnetofónica... La forma de sacar del país a diez mujeres, vía México, con destino a un país de Centroamérica. No entré. Pero puedes imaginarte el caos que imperó en mi cerebro a partir de ese instante. Un día, aprovechando su ausencia, registré el despacho. Descubrí el hueco de la pared y la pequeña caja. También el dictáfono de que se valía para impresionar las cintas y el bocado de goma que empleaba para desfigurar su voz. La mesa no guardaba ninguna otra cosa de interés. Pero entre las anotaciones de su agenda encontré unas cifras y unos números. Las combinaciones de sus dos cajas fuertes. Las abrí. En la pequeña encontré una serie de papeles y documentos comprometedores. Todo el resorte de la organización montada por él, dedicada a la trata de blancas, a la máxima corrupción, al tráfico más inhumano de los tiempos modernos. Los saqué y escondí. Todos. Y a partir de entonces me dejé llevar por la mayor ingenuidad del mundo. Escribí una confesión completa de los hechos, la lacré y la dejé en depósito a Topper Storm, bajo el juramento de que nadie habría de saberlo en este mundo, salvo el caso excepcional de que yo tuviese una muerte violenta. Entonces el sobre lacrado con la confesión habría de ir a parar directamente a poder del F.B.I. Me enfrenté con Obi y le expuse claramente el asunto. Le sabía todo. Tenía todos los resortes en mis manos. Pero quería darle una oportunidad, en nombre de mi madre. Nadie sabría nada jamás si decidía cambiar su modo de vivir. Si decidía dedicarse en adelante a sus negocios honrados y a mi madre, destruyendo por inacción la siniestra organización por él creada.

—Se reiría de ti, ¿no, Bonnie?

—Peor aún. La idea del sobre lacrado le contuvo de momento. Pareció contemporizar. Me prometió pensarlo. Me dio esperanzas. Se estuvo riendo, sí, pero a escondidas, de mi ingenuidad. En realidad, se tomó el tiempo necesario para planear su ofensiva.

Les llegó una seca risita, irónica, sarcástica, cruel al mismo

tiempo.

Se volvieron. Al unísono.

Obi Lang estaba allí. En la puerta del despacho. Empuñando una pistola F.N., de fabricación belga. Una pistola rectamente apuntada a sus cuerpos.

—Una escena enternecedora —prenunció con sorna—. Lamento tener que cortarla. Y más, tener que cortar para siempre un idilio nacido tan espontáneamente entre los dos. Lo he oído todo. Todo, ¿comprendéis, tortolitos? Y la única solución para mí es vuestra muerte. La única forma de que pueda continuar viviendo tranquilo... y prosperando. Bien; deja caer tu arma al suelo, federal. ¿O prefieres ver morir a Bonnie ante tus propios ojos? Es lo que ocurrirá si intentas algo.

Kit obedeció.

Si conseguía ganar un poco de tiempo...

El inspector Marsh debía encontrarse ya en la Seccional. Si era así y leía su mensaje, no tardaría en presentarse allí. Si se retrasaba aquella mañana en llegar a su despacho, el F.B.I., triunfaría de todos modos, desharía la organización de Obi Lang, pero ni Bonnie ni él vivirían para verlo.

—Ahora lo sabes todo, federal —agregó Obi—. Has sabido llegar al fondo del asunto. Eres un buen policía. Pero te falta algo. Quizá sea astucia. De otro modo no te hubieses dejado sorprender como lo has hecho.

—Se equivoca, Obi. No había llegado del todo al fondo de este asunto. En realidad, todavía hay muchos puntos oscuros para mí. Su primera visita al despacho del inspector Marsh, la muerte de Jim Pierco...

Obi estalló en fuertes carcajadas. Una risa de loco la suya. De loco soberbio y homicida. De suficiencia, de orgullo, de triunfo en fin.

—La actitud de Bonnie me desconcertó en un principio —dijo—. Confieso que fue así. Pero me rehíce pronto. Al comprender que eran sinceras sus palabras. Entonces desapareció mi temor y preparé el plan que pondría otra vez las riendas en mis manos. Para ello era imprescindible apartar a Bonnie de la vida pública. Arrancarle su secreto, pero de un modo que me encubriese de toda sospecha. Por supuesto, su sentencia de muerte estaba ya dictada. Pero había que

obrar con pies de plomo. Alejando toda sospecha de mí. Jim Pierco acechó la ocasión de raptaría y traería aquí sin que nadie se apercibiese de la maniobra. Pierco era uno de los pocos hombres de la organización que conocía mi doble personalidad. Un hombre fiel. Se podía confiar en él. No en su inteligencia, sino en su lealtad.

Calló, adentrándose más en el despacho.

—Continúe, Obi. No se detenga. Todo eso es muy interesante para mí.

—No veo por qué —rió—. Porque es algo que vas a llevarte contigo a la tumba. Y con Bonnie.

—Siga.

—Di por descontado el éxito de Pierco en su misión y me apresuré a ponerlo en conocimiento del F.B.I. Eso alejaría más aún las sospechas de mí. Pero Pierco había fracasado. Bonnie le golpeó con una piedra en la cabeza. Eran suyas las manchas de sangre que descubriste en el «Cadillac». Cuando Pierco pudo reponerse, Bonnie se había largado corriendo y no pudo darla alcance. Fue entonces cuando más temí por mi seguridad. Pero continuaron las dudas de Bonnie en gracia a su madre y pude rehacerme de nuevo.

»Ella se ocultó. Pero pude hallar su rastro. Envié otra vez a Pierco y tú le obligaste a salir más que al paso. Luego, al comunicarme el inspector que al fin había dado con su paradero, Wren y otro hombre se encargaron de obligarla a seguirles. Les costó lo suyo, pero consiguieron quebrantar su ánimo y ponerla en mis manos. Así, tú y yo entramos en el apartamento vacío. Después, al comprender que Bonnie moriría antes que revelar su secreto, esto es, el nombre del depositario que guardaba su confesión lacrada, decidí jugarme el todo por el todo. Yo sospechaba que debía tratarse de un abogado. Preparé la farsa de Mary Osborne, engañando fácilmente a la impresionable Sara, y controlé los despachos de todos los abogados de Phoenix. Una labor ardua, costosa, pero que debía dar sus frutos. Corría el albur de que el sobre lacrado lo tuviese una amiga de Bonnie u otra persona cualquiera, pero, pese a todo, me lancé a la palestra. No es difícil controlar las centralillas. Además, yo tenía la certidumbre de que el poseedor del sobre intentaría ponerse en contacto conmigo para tener la certidumbre de que el cadáver era efectivamente el de Bonnie. Debía suceder así, puesto que Bonnie no había revelado lo

que contenía el sobre ni contra quién era esa confesión suya. Y con el rostro desfigurado como estaba el de Mary Osborne, era natural que esperasen la identificación por parte nuestra. Él y la propia Policía.

»Todo salió bien. Y hubiese salido mucho mejor de haber conseguido Wren eliminarte aquella noche. Pero alguien intercedió por ti y aquello llegó a ponernos en un brete. Por Wren supe que no habías mordido el cebo de Mary Osborne. Pero representabas haber creído la farsa a pies juntillas. Temí que supieras o sospechases toda la verdad. Entonces ordené que te borrasen del mundo de los vivos. Otro fracaso. El último. Porque ahora, con los documentos y papeles otra vez en mi poder, cuyo escondite, la calefacción, Bonnie revelaba en su confesión, y vuestras vidas en mis manos, siento renacer la confianza. Los papeles están ahí, en su sitio de origen, y vosotros reposaréis en sendas tumbas en los terrenos de cualquiera de mis ranchos de recreo. Nadie os encontrará jamás. Y nadie podrá acusarme abiertamente de ello. Un triunfo completo, ¿no, federal?

—Ríe más fuerte quien ríe el último, Obi. Y aún no se ha soltado la última carcajada en este asunto.

—No serás tú quien la suelte. Vamos, levanta los brazos, Kit Beale.

—¿Por qué asesinó Pierco al abogado?

—Porque intentó oponerse a que se llevase el sobre después de haberse apoderado de él. Fue Pierco quien habló con él cuando Storm llamó aquí, a casa, fingiéndose un criado. En realidad, estaba esperando esa llamada. Y yo tenía una buena coartada con mi presencia en la Morgue, mientras se llevaban a cabo esos acontecimientos.

—¿Por qué asesinó usted a Pierco? Era un hombre fiel, ¿no, Obi?

—Desde luego. Pero tenía menos inteligencia que un gorila sin cabeza. Le cité en uno de mis ranchos. Quería enviarlo a México una temporada en vista de que los hechos le acusaban. Y un hombre como Pierco es difícil que pase inadvertido. Llegué a tiempo de impedirle que lo capturase. Pierco sabía demasiado para dejarle en las garras del F.B.I.

Obi Lang se aproximó a la mesa adoptando infinitas precauciones.

Pulsó un timbre instalado en un ángulo del tablero.

Dos hombres se presentaron en el despacho momentos más tarde. El chófer y un jardinero. Ambos preparados de pies a cabeza.

—Prepara el coche, Cher. Vamos a dar un paseíto a estos dos tórtolos. Pensábamos llevar a Bonnie sola, pero la encontré con su palomo y la tumba tendrá que ser doble. Carga las herramientas necesarias. No hace falta que avises al pastor. El entierro es en secreto.

Salió el chófer. Y poco después lo hacían los cuatro, bajo la amenaza de las armas de Obi y su secuaz.

—Buenos perros guardianes, ¿eh, Obi? —pronunció el agente con sorna.

—Sí. Pierco era un buen enlace. Estos dos no se mueven jamás de mi lado. Y tampoco dejan acercarse a nadie.

Atravesaron por entre los arbustos, hasta la puerta del garaje.

Amanecía lentamente. Un amanecer lívido, que daría paso a un día de sol radiante. El último día de las vidas de Bonnie y de Kit.

Cher estaba ya al volante de un «Buick» anticuado, pero de potente motor.

Obi ocupó un extremo del asiento posterior. De forma que los dos jóvenes quedaran en el centro del asiento, entre él y su pandillero.

Partieron en dirección a los ranchos de recreo.

Dejaron atrás las últimas casas de Phoenix.

Se envaró el cuerpo de Obi.

A lo lejos resonaba el aullido de una sirena policíaca.

—No creo que vaya con nosotros —rezongó su guardaespaldas—. A no ser que este perro...

Kit esbozó una sonrisa.

—El inspector Marsh nos sigue la pista, Obi —dijo—. Robert Wren le habrá confesado lo que sabía. Es madrugador el inspector. Una buena costumbre. El tiempo se aprovecha mejor así. Y el inspector no pierde el suyo. He dejado una nota para él, en su despacho, junto a la cinta magnetofónica que Wren conservaba en su poder. Si se lo hubiese dicho antes, quizá nos habría metido a Bonnie y a mí en aquel hueco de la pared y el inspector no hubiese encontrado nada. Al menos nada sospechoso respecto a nuestro paradero. Eso le habría obligado a vigilarlo de cerca. Pero ahora, Obi, está cogido en su propia trampa.

Aullaron las sirenas. Cada vez más cerca.

Los coches policíacos, dos, aparecieron en la recta que ellos recorrían.

—Acelera, Cher —bramó el organizador del hampa—. Quizá podamos despiatarlos.

Bonnie y el joven cambiaron una mirada de inteligencia.

Se aproximaban al garaje de Hal French.

Obi empezó a bajar el cristal de la ventanilla. Dispuesto a resistir hasta el fin. Si la suerte le acompañaba...

De pronto surgió un coche de la gasolinera y se cruzó en el centro de la carretera, obstruyendo totalmente el paso.

Cher frenó bruscamente, evitando la colisión por escasas pulgadas.

Obi abrió la portezuela y se apeó. Rojo de furor.

Disparó contra Hal French, al volante del coche que les había cortado la retirada.

Hal se desplomó sobre el asiento.

Obi corrió hacia los arbustos que delimitaban la cinta asfaltada. Disparando contra los coches patrulleros, que frenaban en ese instante.

Se elevó de pronto el impresionante crepitar de un ametrallador.

Obi Lang se detuvo en su carrera. Se empinó sobre las puntas de sus pies. Elevó ambos brazos, giró levemente sobre sus pies y se desplomó, alcanzado de lleno por la ráfaga.

El guardaespaldas arrojó su arma al suelo. Y él y Cher abandonaron el coche, brazos en alto.

El inspector Marsh se apeó del primer coche, seguido de dos agentes federales. Del otro coche salieron cuatro más, que se hicieron cargo de los prisioneros.

Kit y Bonnie corrieron al coche ocupado por Hal French.

Lo sacaron afuera.

El hombre tenía dos balazos. En el hombro y cerca de la axila.

Bonnie le apoyó la cabeza en su regazo.

—Papá —susurró.

Le acarició las manos, sucias de grasa.

—Continúa usted siendo mi ángel de la guarda, Hal.

—Oí las sirenas y... Bueno, siempre está bien ayudar a la Ley. ¿Dónde..., dónde estabas, Bonnie? ¡Dios! Yo que te creía muerta y

enterrada.

—Yo lo sabía todo, Hal —dijo el agente—. Pero no me atreví a decírselo. No porque no confiara en su integridad. Se lo explicaré más adelante. Cuando haya abandonado el hospital y todo esto no sea más que un mal recuerdo. Una pesadilla, afortunadamente finiquitada.

El herido miró a los dos jóvenes y sonrió.

—Gracias por su comparación, Kit —dijo—. Pero creo que voy a ser para usted algo más prosaico que el ángel de la guarda.

—¿Qué?

—Un suegro.

El inspector Marsh llegó junto a ellos.

—¿Cómo se encuentra, Hal?

—No demasiado mal.

—Llamaremos una ambulancia. Apuesto cinco dólares a que antes de tres semanas está en su taller reparando coches.

—Oiga, inspector. Por cinco dólares soy capaz de sobornar al médico para que me tenga allí tres semanas y un día.

Kit hizo al inspector un sucinto relato de lo ocurrido.

—Ha faltado poco para que llegásemos tarde —dijo éste—. Le prometo que a partir de mañana madrugaré más aún.

Cuando llegó la ambulancia, Bonnie y Kit se instalaron junto a la camilla donde descansaba Hal.

Luego, en la Seccional, aclararía todos los puntos. Y los papeles que Obi Lang guardaba en su despacho servirían para detener y condenar según sus culpas a todos y cada uno de los componentes de la organización.

Un buen trabajo.

Hal tomó las manos de Kit y las de su hija y las unió entre las suyas.

—No os dejéis engañar nunca por falsos espejismos, muchachos —pronunció solemnemente—. Algún día vendrán las borrascas. Son inevitables en el matrimonio. Pero vosotros estáis preparados para capear el temporal y continuar unidos hasta el fin de vuestros días. No os salgáis nunca del camino emprendido. Dios lo quiere así. Y los hijos también.

—Sí, Hal —replicó el joven—. Jamás consentiré que un hijo mío llegue a sentir lo que yo he sentido por la incomprensión de sus

padres.

—Ni yo tampoco —sentenció Bonnie, agregando—. ¿Ves, Kit, como no existe barrera alguna entre nosotros?

—Pero existe una deuda.

—¿Una deuda?

—Sí. Prometiste acompañarme al «Valley-Club», y me lo debes aún.

FIN



EDITORIAL ROLLÁN

ha creado para usted esta extensa serie de bolsilibros, cuidando una esmerada presentación, mas reales y mejores argumentos y una perfecta selección de los mas famosos autores que garantizan la alta calidad de

OESTE PATRULLA DE COMBATE

COLECCION *Romance*
FBI
Selecciones



RURALES
de TEXAS

EXTRA-OESTE
GANGSTERS

y
LA COLECCION SIN RIVAL **FBI**

Aparecen los jueves

Editorial Rollán, S.A.
Amaro García, 17 - MADRID-5

PRECIO DE ESTE VOLUMEN
8 Pesetas

